

El hombre a solas
«Subid a vuestro cuarto y
cerrada la puerta...»

Transcripción de las reflexiones de
Alfredo Rubio de Castarlenas,
promunciadas en el
Espai de Realisme Pere Llaurens.
Curso 1989-1990. Barcelona

El hombre a solas

«Subid a vuestro cuarto y cerrada la puerta...»

La soledad de las personas

El título de este curso —«El hombre a solas»— es ambiguo, porque puede parecer que el hombre a solas es el objetivo que deseamos alcanzar, y no es así. El hombre a solas es el punto de partida, porque, precisamente, lo más triste de este mundo es estar solo.

Quedarse solo en el mundo sería algo verdaderamente terrible. Y, sin embargo, nos guste o no nos guste, queramos o no, vivimos en mucha soledad; soledad verdaderamente angustiada. Y hay una cosa última, que es la que resume toda esta tragedia humana: ¡uno se muere solo! Nos pueden acompañar, podemos sentir un cariño inmenso alrededor, pero en el acto tan importante de morir, uno muere en total soledad. Cristo mismo, en la Cruz, tenía a María, a Juan, a María Magdalena; sabía que estaban allá las santas mujeres de Jerusalén, y los discípulos llenos de dolor; eso le serviría, a Él, de fortaleza para soportar la Cruz... Pero el grito final —«Dios mío, en tus manos encomiendo mi espíritu»—, es de una soledad terrible. En la muerte, no nos puede acompañar nadie, es un asunto personal.

La soledad nos acompaña y, muchas veces, estamos tremendamente solos. El gran problema que tiene planteado la gente es la incomunicación; éste es el mal, exacerbado especialmente en este siglo. Y

quizás se busque el remedio con una súper abundancia de medios de comunicación social. Sin embargo, ¡qué sola y triste está la gente! Sola, invadida de medios de comunicación social: la televisión, la radio... Pero, ¡qué soledad! Porque no hay diálogo, no hay intercambio. Es una avalancha de información, pero ¿y la comunicación? Qué trampa, llamarse medios de comunicación social. Algo te comunica a ti, pero tú no puedes comunicarte. El libro impreso te puede influir, pero no conoces al autor, o está muerto: no hay diálogo. Quizás nunca había habido tanta soledad en la gente, dada la estructura de la sociedad. Y la sociedad quiere suplirla invadiendo el hogar y la casa, metiendo dentro los medios de comunicación social. ¡Qué solos y tristes nos quedamos, a pesar de ellos! Decimos que la televisión es una apisonadora que quita el pensar, el criterio, el razonar, el tiempo; pero también decimos que a las personas solas, a los enfermos, a los viejecitos que están en casa y están solos, les va bien; se sienten menos solos. ¡Qué rostro tenemos al decir esto! Porque, de este modo, nos sacamos la responsabilidad de encima de ir a hacerles compañía... ¡Qué engaño!

Leía, ayer, una estadística que decía que en el siglo pasado la gente recibía tantos mensajes como daba, en cambi, un estudio de la Universidad de Toronto demuestra que hoy, por cada mensaje que una persona da, recibe 50.000 por los medios de comunicación social.

Estar solo es un infierno. Una persona que dice: «Yo, ahora, en este mundo, no importo a nadie. Estoy solo y, si me muero ahora, nadie se va a preocupar...; me cogerán los servicios funerarios y me enterrarán en una fosa común»; una persona que llega a esta conclusión, se suicida, o no come y se deja morir de inanición, porque no puede querer a nadie, no sirve de ayuda a nadie, ni nadie se preocupa por ella. Hoy en día, hay muchas personas que mueren, dejándose morir, precisamente por eso.

En la novela de Robinson Crusoe, que solíamos leer de pequeños, Robinson estaba solo, pero con la tremenda esperanza de que pasara

un barco y pudiera irse. El barco pasó y él se fue; no se quedó. Cuando uno está solo, le mantiene la esperanza. Robinson mantenía la esperanza, porque si la hubiera perdido, ¡no sé lo que hubiera hecho! De ahí que haya una tendencia natural en el hombre a la amistad, en todas sus facetas: amor de padres a hijos, de hijos a padres, entre hermanos...

El matrimonio: unidos y en soledad

Como siempre digo, el amor es un común denominador. Si, luego, quebramos los numeradores, queda el amor de padres, el amor de hijos, el amor de esposos, el amor de amigos, el de compañeros de trabajo... Hay muchas clases. Y hay una tendencia necesaria: si a mí me quitan el oxígeno, me muero; si me quitan la relación con los demás seres, ¡me muero! Es un infierno. Igual que yo necesito respirar, también necesito relacionarme con los demás, necesito comunicarme, necesito el afecto y el amor humano, en cualquiera de sus facetas, para poder sobrevivir.

Puede haber mucho amor, puede haber mucha amistad entre dos individuos. Podemos pensar, incluso, en un gran amor dentro del cauce del matrimonio: un amor sincero, profundo, que se desea para siempre, gratificante, gozoso... Y se podría decir que estas dos personas se hacen mucha compañía: ya no están solas. Pues mirad: a pesar de todo, siempre hay un *tú* y un *yo*, llenos de abismos. Si cogemos un puñado de arena y la ponemos en un vaso, está junta; si se rompe el vaso, se derrama toda. Deja de ser un puñado de arena. Para poder decir *yo*, tengo que tener un continente, porque, si no, deja de ser *yo*. Y ese continente, que es necesario, a la vez es muralla frente al continente que contiene el *yo* de la otra persona: el *tú*.

Pensando en la máxima aproximación cordial, todavía hay un *tú* y un *yo*, y esto nos encierra, también, en mucha soledad. Desemboca,

después, en la soledad de la muerte, que es mía, y no del otro. De ahí se explica que, en el matrimonio, exista el deseo de verdadera unión, venciendo murallas. Y se define: son dos, en una sola carne. Y los dos tienen un deseo de posesión. En el fondo es una posesión mutua que trata de vencer y derribar las murallas que nos separan. El afán de posesión es una autodefensa, una manera de poder saciar la angustia existencial. Incluso puede llevar a excesos, a tratar de poseer al otro, sin respetarlo en su identidad, en su libertad, en su iniciativa, en su creatividad, ni en su modo de ser.

Porque, a veces, los esposos quisieran fusionarse. Quisieran poseerse y hacer, de los dos, uno, por esa angustia de la soledad, en la que nos vemos sumergidos, tan sólo al decir: *yo*. Al decir: *yo*, ya estoy metiéndome en mi soledad.

Otro defecto entre las personas, entre los matrimonios, son los celos. Los celos son esa angustia que un cónyuge siente de que otra persona pueda arrebatarse a su esposo o esposa. Y los celos, mucho más que fruto del amor, lo son del miedo a la soledad. Miedo de que le roben a uno la compañía que creía tener, más o menos asegurada. Hay celos que son una enfermedad, pero, en el fondo, son fruto del pánico a la soledad.

El Santo Padre, en la isla San Mauricio, dijo una cosa muy hermosa: «El matrimonio es la manera más excelente del amor». Porque, en el matrimonio (hablando en un plano natural), por esencia, para que sea de verdad, es donde el amor entre dos personas es para siempre. Si no es para siempre, no es matrimonio.

El Santo Padre no dice que el matrimonio sea la única forma de amor. Hay muchas formas de amor: el amor entre dos personas buenas, entre compañeros de trabajo que se llevan bien, el amor de padres a hijos..., ¡son formas de amor! Pero ninguna de ellas, excepto la consagración a Dios, comporta ese elemento que lleva el matrimonio que es para siempre.

En el amor de amigos, de hermanos..., no hay el compromiso ni la decisión de que sea para siempre.

En el matrimonio, todavía hay un *tú* y un *yo*; y por muchos celos, por mucho afán de posesión, por mucho comerse a besos, no se derrumban las murallas de ese *tú* y de ese *yo*. Y cuando uno se muere no se muere el otro; la muerte es en soledad. Los matrimonios que se aman sin tratar de acapararse el uno al otro, o de tenerse celos que los aten..., al buscar esa unidad, pretenden no estar solos; hacen esfuerzos no sólo para ser una sola carne, sino para formar una comunidad de ideales, una sintonía de criterios, un pensar y sentir lo mismo, poniendo un poco al unísono sus voluntades, sus maneras de pensar y sus gustos. Quieren ir haciéndose sintónicos, ¡por pánico a la soledad! No les basta ser una sola carne, si después cada uno va por su lado: se sentirían solos otra vez; por ello, se busca una comunión de ideales.

Dios y la soledad

Aquí, ya podemos ver los límites de esta cuestión. Realmente, sólo Dios nos puede acompañar de verdad. Porque Dios, por una parte, es el máximo respetador de nuestra libertad: si Él, creador de todo, nos ha hecho libres, sería absurdo que se traicionara a sí mismo y no respetara nuestra libertad, cuando es Él quien nos la ha dado. De manera que nadie, en más cantidad que Dios, respeta nuestra libertad.

Él es el único que puede —por ser nuestro creador y sustento de nuestro ser—, desde dentro de nuestro ser, penetrar en nuestra libertad. Él, que es el creador, es el único que puede entrar por debajo nuestro, dentro de la muralla del *yo* y —sin destruirla ni echarla abajo— permanecer presente, vencer mi soledad y acompañarme. Acompañarme y acompañar-le yo, también. Es lo que yo desearía de todas las personas a quienes quiero: que realmente estuvieran dentro de mí, que ese *tú*, se fundiera

con mi *yo*, para sentirme acompañado. Por mucho que lo intentemos en este mundo, nunca lo lograremos. Sólo lo puedo lograr con Dios.

Sólo Él puede entrar dentro del recinto de mi soledad. Desde Él, san Pablo puede decir: «Ya no soy yo quien vive en mí, sino Dios». Es Cristo quien vive en mí. Y Cristo nos predica: «Amaos los unos a los otros, como yo os amo». Porque, una vez que Él está en mí y está en ti, en Él, es donde podemos reunirnos, el *tú* y el *yo*, sin dejar de ser *tú* y sin dejar de ser *yo*.

«Amaos los unos a los otros, como el Padre me ama a mí y yo os amo a vosotros», porque solamente amando así, con ese vaso comunicante del Ser Divino, el *tú* y el *yo* pueden llegar a ser uno. Ahí es donde se puede reposar tranquilo, pues ya no hay soledad: Dios me viene, me brota, como una fontana desde dentro de mí, y me acompaña; se ha hecho *yo*. Además, en el vaso comunicante recibo, también, el ser de los demás. Y entonces, el amor a los otros es, verdaderamente, compañero y acompañante.

Cristo, para los discípulos y, quizá, para muchas personas que lo van conociendo gradualmente, es un ser que ha dicho lo mejor que nadie haya dicho en este mundo, sobre el amor, la justicia, el darnos la vida, el darnos ejemplo. Todo lo que dijo Jesús de Nazaret estaba dicho en el Antiguo Testamento, en la tradición babilónica, en otras religiones... El noventa por ciento estaba dicho; sin embargo, hay un diez por ciento nuevo. Jesús de Nazaret, muerto en Getsemaní, digno de toda amistad, ¡está vivo! Y este amigo, vivo, es el mejor amigo que yo puedo tener en este mundo.

En nuestro camino de proceso espiritual, importa más que las personas vayan siendo amigas del Amigo Resucitado, que ya descubrirán que es Dios, y que a través de Él, descubran el misterio de la Trinidad. Como decía Jesús: «El Padre y Yo somos iguales, pero Él es mayor», porque es el origen, es el primero, y los demás, poseedores iguales

de la naturaleza divina. En este sentido, es igual de importante que Cristo sea mi amigo y además sea Dios; pero, si yo no soy amigo de Cristo, ¿cómo voy a descubrir que Cristo es Dios? Primero tengo que ser amigo de Cristo y, así, mi fe se aclarará, crecerá, y verá, entonces, que Él es el Verbo encarnado. Descubriré el misterio de la Trinidad que Él me revela.

Si no soy amigo, con la certeza de que está vivo y de que está en mí, ¿cómo voy a descubrir que es Dios? y ¿de qué me serviría? ¿De qué le sirve al diablo saber que Dios es Dios? ¡De nada!

Ser amigo de Cristo es importante, porque es principio de camino. Él es verdad, camino y vida. Cristo ya es Dios y, por ello, es igual de importante. Pero para llegar aquí, primero hay que ser su amigo.

No tengamos miedo de esta unidad de Cristo en mí y yo en Él; y a través de Él, de los demás en mí, y yo en los demás. Cristo dice: «sed uno, como el Padre y yo somos uno».

No hay miedo de ser uno: ya no digo *yo*, sino Cristo que vive en mí, que es el miedo que se podría tener desde un esfuerzo natural de pensar en el Ser Absoluto. Filosóficamente, se podría decir: cuanto más me invada Dios, menos seré yo. De manera que en el momento en que Dios me haya invadido del todo, yo no seré nada. Ésta es la orientación que toman algunas religiones, que, a veces, son más filosofías que religiones.

Algunas espiritualidades, incluso cristianas, dicen que el cuerpo es un estorbo para el encuentro con Dios (maniqueos, platónicos, dualistas) y hay un ascetismo desahogado. Un ascetismo bien entendido sirve para conseguir los objetivos, pero un ascetismo desmedido —querer anular el cuerpo, como si fuera un enemigo, una cárcel para que mi alma llegue a Dios— es no entender que, si Dios es creador de todo, todo lo que Él ha creado es bueno. Él ha puesto una armonía en el hombre, que globalmente es material y espiritual a la vez, y no

cada cosa por su lado. Además, es olvidar la Encarnación, en la que, precisamente, Dios se hace cuerpo. Por ello es una ofensa despreciar el cuerpo, cuando Dios se ha hecho cuerpo, se ha encarnado.

Dios es Dios y es persona, y no una, sino tres: es tripersonal. Entonces, si Dios es persona, yo me puedo incorporar, porque Él es y yo también. Ni me estorba el ser, ni me estorba ser persona; precisamente así es como encajo con Dios. Si yo no fuera persona, no encajaría: encajo porque Él es ser y es persona.

Gracias a Dios, a través de la amistad con Cristo, Él es un *tú* y yo un *yo*. Somos personas. Una persona que se mete desde la raíz dentro de mí, y me acompaña, me hace ser uno con los demás. Ahí es donde descubro, también, la compatibilidad de *ser* y de *ser persona*, con este Dios que nos revela Cristo.

El título de la charla era: «Subid a vuestro cuarto y cerrada la puerta...». Si dice «subid» es porque estamos en alguna parte; a partir de aquí, puedo subir. Luego, no es malo que nos detengamos un poco a ver dónde estamos y, a partir de ahí, poder subir peldaños hasta llegar al cuarto, entrar y cerrar la puerta.

La alegría de existir

El Realismo Existencial lleva todo su esfuerzo a una humildad óntica. Es decir, me lleva a darme cuenta de que yo soy, pero soy un ser que antes no era... He empezado a ser. Un ser que soy, pero no soy de posibilidades infinitas, sino limitadas; tan limitado, que muero. Soy un ser contingente. El realismo existencial va quitando obstáculos de vanaglorias, de complejos psicológicos, de sentirse meritorio de lo que hicieron los antepasados, de odiar a los demás por lo que hicieron unos contra otros... Lo que hace el realismo existencial no es catequesis, ¡es precatequesis! Se trata de convertir

la tierra pedregosa que somos en tierra buena, para que, cuando llegue la palabra de Dios, nos encuentre tierra buena y podamos fructificar.

Hay un punto crucial para saber dónde estamos y, por lo tanto, desde dónde tenemos que ir subiendo: hay que distinguir entre existir y vivir. Con ello, no voy a hacer dualidad, como en el maniqueísmo que criticaba hace un momento. De la misma manera, cabe en el hombre distinguir lo material de lo espiritual, aunque no hay que separarlos; pues, además, lo uno sin lo otro muere.

Si yo tengo cinco duros, me los piden y los doy, los cinco duros se los queda el otro y yo dejo de tenerlos. En lo material siempre pasa lo mismo: o se tiene, o se deja de tener. En cambio, si alguien me pide que le enseñe matemáticas, yo se las puedo dar, y él las tiene, pero yo no pierdo nada, más aún, cuanto más las dé, más las recordaré y las tendré vivas: eso es lo espiritual.

Lo espiritual y lo material son dos cosas distintas, sin embargo no hay que hacer dualismos, no hay que separarlas. Una cosa es vivir y otra distinta, existir, aunque evidentemente no puedo vivir, si no existo, y no puedo existir, si no es de alguna manera: no cabe la existencia sin ser algo.

¡Yo soy! ¡Existo! ¡Qué tesoro tengo! Sea cual sea mi vida, ¡existo! Descubrir este tesoro debajo de la corteza de la vida es descubrir una perla preciosa. Descartes decía: «Pienso, luego existo». Cuelga el existir del pensar. En este sentido el Existencialismo es una sana reacción. Lo primero es el ente del ser (esa es la gran aportación). El existencialismo es una vuelta a valorar el existir. Existo: ésta es la primera evidencia que tengo. Luego me doy cuenta de que pienso y, precisamente porque pienso, soy persona; y como soy persona, puedo poner entonces un pronombre personal delante del verbo. Puedo decir: yo existo.

Cuando era pequeño, jugaba con los «tentetiesos»: uno le daba manotazos, pero siempre volvía a quedar tieso. Pasa lo mismo con nosotros: si vamos por la vida sin tener este peso debajo —yo existo—, las bofetadas que nos van dando nos derrumbarán; pero si tenemos este peso, por muchas bofetadas que nos dé la vida..., siempre nos quedaremos tiesos de nuevo.

¡Yo existo! Lo puede decir un pobre, un rico, un enfermo, un sano, un hombre, una mujer, un griego, un latino... Es común a todos, aunque la vida sea distinta para unos y para otros: todos poseemos un mismo tesoro.

Sobre esta roca de la tremenda alegría de existir, después puedo construir toda mi vida, porque queda iluminada toda una jerarquía de valores. Si yo no doy valor al existir, estaré celoso y creeré que aquel señor es feliz, porque tiene un Mercedes, y yo, a lo mejor, sólo tengo una Vespa; estoy poniendo la jerarquía de valores en cosas del vivir. Sin embargo, si me doy cuenta de que soy un Himalaya en medio de la nada del no ser —¡existo! y aquel señor, tenga lo que tenga, es igual que yo—, entonces podemos construir encima de esa roca una lucha solidaria; podemos mejorar la sociedad; salir a flote de las dificultades; aceptar con alegría incluso lo que no tiene remedio, como la muerte. Si yo acepto con alegría la muerte, ¿cómo no voy a aceptar con alegría, por ejemplo, el no tener hoy nada para ir al cine o para comprarme un traje nuevo? Si no hay esa roca, el mundo es un caos, el mundo es una lucha; se harán revoluciones sangrientas, buscando la justicia social, que no la podrán dar, ni la podrán encontrar, porque construyen sobre arena, en vez de construir sobre la alegría y la sorpresa de poder decir: ¡yo soy!

La vida a veces puede ser difícil, puede tener momentos duros, pero por debajo de eso, por debajo de esas vicisitudes del vivir, se halla el ser, el existir.

Existir es lo que da sorpresa y la alegría viene de pensar que, aunque podía no haber existido..., existo. Es decir, no sólo del mero existir, sino del escalofrío de pensar que podía no haber existido; y, de este escalofrío y de la sorpresa de existir, brota la alegría.

Sintónicos con Dios

Es el punto crucial de donde partimos: yo soy. No vale decir yo soy médico; yo soy pensionista; yo soy afortunado porque me ha tocado la lotería; yo soy feliz porque tengo una mujer y unos hijos; yo soy un desgraciado porque vivo debajo de un puente, etc. Esto no me sirve de nada para subir a Dios Padre, porque Dios es más profundo. Si Dios se ha hecho hombre y ha escogido la peor parte de morir en cruz, es para llevarnos a Dios Padre. Yo tengo que subir y, con la puerta cerrada, encontrarme con Dios Padre. Pero para poder recorrer ese camino, tengo que situarme en lo que es divino: ¡yo existo!

Tengo que darme cuenta de lo que significa poder decir *yo soy*. Participar de la «sereidad». Dios es Ser Absoluto, pero yo tengo ser y soy persona. Recordad: si en algún momento no hubiera habido nada, ni Dios, ahora no habría nada; porque la nada es nada y nada puede hacer. Si ahora hay algo, es porque siempre ha habido algo...; este algo que ha existido siempre, ¿qué es? Yo puedo afirmar que soy persona. Si yo puedo decir que soy un «quien», ¿qué duda cabe que el Ser Absoluto es ser? Porque su esencia es Ser, su existencia es ser existencia. No cabe duda que ese Ser también es un ser y, además de eso, ¿quién sabe lo que será! Eso yo no lo puedo calibrar. Yo soy un «quien», y el Ser Absoluto —sin el cual no existiría nada— es *ser* y es también un «quien». Y entonces..., ¿quién soy yo? Yo soy el eco de Dios. Él es voz y yo soy voz; Él es Ser y yo soy ser; Él es un «quien» yo soy un «quien». Pero Él es mi creador; sin Él yo no sería. El ser que tengo, yo no me lo he dado. Aunque reciba un cierto ser de mis padres..., el «quien» es nuevo. Eso no me lo ha dado ni mi

padre, ni mi madre. Dos hermanos, aunque sean univitelinos, igualitos, dos gotas de agua..., pero uno es Pedro y el otro Juan; son siempre dos «quienes» distintos. Tendrán, en la vida, la figura igual, un parecido temperamento, parecidas enfermedades..., pero son dos existencias distintas. Cada uno puede decir: yo soy.

Somos el eco de Dios, porque Dios es el que puede decir: «Yo soy el que soy; yo soy en plenitud Ser Absoluto». Decir que soy, es lo más fundamental que puedo tener, más que llamarme Alfredo, o ser un hombre, o ser un viejo. ¡Yo soy!, eso es lo más radical mío. Y lo podéis decir todos y cada uno. Es lo que nos hace descubrir nuestra identidad: somos ecos de Dios.

Si yo soy eco de Dios, no importa si hay diez metros o veinte entre la voz de Dios y la pared que da el eco. Si estamos en primavera o en verano, si hace calor o frío... Todo es importante, pero para el eco, lo único totalmente importante (porque sin ello no existiría) es que haya habido una persona que haya emitido esa voz.

La situación mundial, las revoluciones, etc. no son más que castillos de arena que sólo derraman sangre; construyen sobre arena, sobre falsas jerarquías de valores, que no están iluminadas por el «yo soy», la roca del valor profundo que nos iguala a todos, del mismo modo que la muerte.

Si todos vamos a morir, qué nos va a importar llevarnos tres coches, o las condecoraciones que tenemos, el honor, la fama... En cambio, si todos podemos decir «yo soy», es que somos iguales. «Yo soy» es la auténtica y profunda riqueza sobre la cual, como sobre una roca, se puede construir la máxima justicia social.

Sólo a partir del «yo soy» podemos empezar a subir, sintónicos con Dios, porque decimos lo mismo. Cuando tocamos una nota en un violín, vibra de una determinada manera, si vamos al piano y tocamos

la misma nota, se pone a vibrar del mismo modo, porque son sintónicas. Dios dice: «yo Soy», y eso a mí me hace vibrar. Y cuando digo: «yo soy», también Dios es eco mío. «Yo soy», y oigo «yo soy» como respuesta: por ahí puedo alcanzar, subir, entrar y, sin perder la persona, unirme a Dios, pues comulgamos en esa unidad de ser.

Por debajo del oleaje de la vida, está la inmensidad de ese «yo soy». Dice Cristo: «sois como dioses». Puedo decir: «yo soy», como Dios..., pero no soy Dios. Lo he recibido, soy un yo contingente y de ahí brota una sorpresa: la alegría y la gratitud. Entonces, desde ese «yo soy», que relativiza los valores y los ordena en una jerarquía verdadera, descansando sobre esa roca, puedo sentirme en comunión con el Ser Absoluto, porque yo también soy un ser. Y también soy un «quien». Partir de ese ser sirve de base para subir como el eco. Y eso es lo que hace, y no se queda ahí. El eco vuelve a su fuente y quien haya emitido la voz lo escucha. Si soy el eco de Dios, ¿qué quiero?: volver a la fuente. Ir al que ha dado el grito del Ser, ¡el Ser Absoluto!

Tenemos que ahondar mucho en el Realismo Existencial para llegar a la humildad óptica —que es descubrir la inmensa riqueza que somos, que nada nos falta para ser algo en vez de nada—; en la medida que lleguemos a esta humildad óptica, podremos ascender por esa escalera hacia la convivencia con Dios Padre y con toda la Trinidad.

No ser frívolos y querer amar

Imaginemos, ahora, la casa que está en la calle General Vives: la verja de hierro, la acera y la calle. Cuando empezamos a vivir en General Vives, por aquella acera no pasaba nadie; pero, luego, pusieron pasos de cebrá, subió el autobús, se ha hecho la entrada de Barcelona, los colegios... De manera que la calle se ha convertido, a pesar de no ser ancha, en una riada de coches en dos direcciones.

Una riada enorme. Pues imaginemos que, en esa calle de General Vives, por unas lluvias torrenciales, bajara una riada inmensa arrasando todo lo que encontrara a su paso: árboles, coches y, sobre todo, personas, que estuvieran en aquella corriente tumultuosa... Sin duda, bajarían revolcándose con las aguas sucias de barro, ¡quién sabe hacia dónde! Si nosotros estuviéramos en la acera, más altos, quedaríamos horrorizados de ver cómo pasaba la riada e intentaríamos ayudarles; nos aproximariamos al máximo, subidos a unos andamios, para darles la mano y poderlos salvar. Como pasa con la Cruz Roja, en una hecatombe, cualquiera que ve su bandera piensa enseguida que allí hay personas especializadas en salvamento, y uno hace todos los esfuerzos para aproximarse. Del mismo modo, al vernos a nosotros en la acera, la gente haría esfuerzos para acercarse a la orilla, para que los pudiéramos salvar.

Nosotros estamos, por lo menos ahora, fuera de la riada y deseando ascender. Precisamente por ello, cabe este momento de contemplación del mundo.

Y, ¿qué podemos hacer para salvar a la gente de la riada tumultuosa? Podemos lanzar una cuerda o un salvavidas, u ofrecer la mano, con cuidado de estar bien agarrados para que no nos tiren a nosotros y también nos vayamos con la riada. Podemos dar la mano e intentar agarrar a alguien... Pero, se necesitan dos cosas para salir de la riada:

1- Que la gente que va en ella quiera dejar de ser frívola.

Porque si quieren ser frívolos, no hay manera de poderlos salvar. Es como si una persona, llena de barro, se agarrara a nuestra mano: la suya estaría tan untuosa, que se nos escaparía y el agua se la llevaría. No se podría agarrar bien, se lo impediría el barro, la corteza de frivolidad.

Pedro Llaurens, muriéndose, dijo: «La frivolidad es lo más opuesto a la verdadera alegría».

La frivolidad es lo más contrario a percibir el propio ser; uno se emborracha en tonterías, en frivolidades, y no tiene tiempo de percibir su ser, la importancia del existir, que es algo muy serio y que es la base de todo lo positivo que puede haber luego.

En este poema se refleja lo importante de no ser frívolo, del ser, de darle importancia al ser.

LA ESENCIA DE MI SER

La esencia de mi ser, ¿cuál es?
la esencia de mi ser es ser amado
por Él, que es el Ser.

(El Ser con mayúscula.)

Porque la esencia de ese Ser es el amar.

(Estamos tocando lo profundo del ser; la esencia de Dios es amar.)

Y yo, que soy un eco, estoy volcado
a ser, también, amor tan solamente.
No hay yo, sin tú, ni tú, sin yo.
La Trinidad es el motor, por infinito y móvil,
de todo otro amor posible.
Ya que del Verbo se inventa el tú,

(Dios Padre, desde toda la eternidad, inventa el tú al engendrar el Verbo.)

Ya que del Verbo, se inventa el *tú*,
yo puedo ser un nuevo *tú*,
aunque pequeño, para el *yo* de mi Dios.
Bien sé que no soy de la única roca
como es el Verbo, la divinal naturaleza.

(Yo no soy de la naturaleza de Dios, como lo son precisamente, el Verbo y el Espíritu Santo, poseedores, por igual, de la naturaleza divina... Sin embargo, yo no. A pesar de ello, una vez inventado el tú, yo —aunque pequeño— soy otro tú para Dios.)

Me basta ser el eco de esta roca
que se clama a sí misma.

(Porque, en esas personas —divinas—, el tú y el yo se claman mutuamente. Y yo soy un eco de esta voz, de esta roca que se clama a sí misma.)

Amar así, cual pura vibración
de sus mutuas respuestas,
constituye mi ser.
Pregunto al ser que llamamos Ser,

(Al ser, con minúscula, que llamamos Ser, con mayúscula; algunos le han inventado la palabra Dios.)

¿por qué no lo nombramos, simplemente, amor?
¡Qué fácil nos sería!
Más que el Ser, ser amor,

(El Ser Absoluto es amor.)

¡No, no! ¡Es el amor quien es el Ser!
Amar es más esplendoroso
que cualquier metafísica.

O más bien, lo que existe es la persona.
El ser de amor, es sólo un *tú* y un *yo*.
La persona, ella sola,
ya es todo el ser que es y que uno tiene.
Será, quizás, incluso muy superfluo,
decir: ¡Yo soy!, tú eres. ¡Sí!
Basta mostrarse sin decirnos nada.
Yo, tú. Yo, un *yo* para ti.
Tú, un *yo* para mí. ¡Amén!
Y las cosas, acaso su estar siendo.
¿Es sólo un ser para vosotros?
¡Una azulada estela del amor!

Con este poema, yo desearía que la gente se diera cuenta de que eso de ser es algo muy serio. Es lo que uno puede decir: el Ser es amor y, en la medida que lo amo, me voy «capitidisminuyendo», me voy haciendo pequeño. Y el amor, además, no necesita palabras, porque la persona, mostrándose, ya está toda: es la persona, es el ser más profundo, el Ser.

El frívolo no hace, no paladea, no se da cuenta ni siquiera de lo que es; todo lo minimiza, lo frivoliza. ¡No hay nada que hacer con un frívolo! Mientras el frívolo no quiera dejar de ser frívolo, mientras no profunde en sí mismo y no abra los ojos a ver la seriedad del ser en las demás cosas y en las demás personas..., no hay modo de salvarlo.

2.- *La segunda cosa necesaria para ser salvado de la corriente es querer amar. No amar el odio.*

Si uno quiere dejar de ser frívolo y quiere amar, se puede agarrar con fuerza a la mano salvadora y ya se le puede sacar. Porque ya no quiere amar el mal, no quiere amar esa corriente que lo lleva.

El amor es amar el bien; emplear esa capacidad de amar para amar el mal —eso es el odio— es grotesco, absurdo y ridículo. La venganza, la mentira, la hipocresía, la adulación, el egoísmo, la soberbia, la ambición..., ¡cuántas veces amamos, nosotros, el mal!

Mientras no se deje de amar el mal, qué difícil es salir de la corriente y poder ascender en el camino hacia arriba, para entrar en la habitación, cerrar la puerta y quedar a solas con Dios.

Hemos de procurar, para poder salir de ahí y empezar a subir hacia Dios, amar el bien. El primer mandamiento de Jesús no es amar a Dios; cuando Él da la Nueva Ley dice: «Amaos los unos a los otros», eso es lo primero que dice. Luego añadirá: «Como el Padre me ama a mí y yo a vosotros». Y también dará otros mandamientos: «Sed uno, como el Padre y Yo somos uno»; «sed perfectos, como Dios Padre es perfecto». Es decir, amad a los enemigos, que en eso consiste la perfección de la imitación de Dios. Se podría resumir: Amémonos unos a otros para poder, así, ser uno e incluso amar a los enemigos para, verdaderamente, ser todos, uno. Cristo empieza el mandamiento por eso: amarnos.

El mal absoluto no existe

Dios es sólo amor y ama hasta al diablo, por eso lo creó. No lo creó para odiarlo, sino para amarlo. Pero el diablo no es el mal absoluto, porque el mal absoluto no existe; si existiera, sería un Dios malo y estaríamos en una postura maniquea (dios bueno y dios malo). No hay un dios malo, luego, el diablo no es el mal absoluto, porque, una de dos, o sería otro dios, o se aniquilaría. El demonio tiene un punto de bien, que es que existe (y está contento de existir). Si existir es un grado de bien, Dios todavía lo puede amar. Además, el diablo está contento de ser libre —y, como Dios lo hizo libre y Dios es leal, es fiel, es permanente— Dios lo sostiene en su ser, que es libre. Por estos dos puntos de bien, Dios ama al diablo.

Pero el diablo se ha quedado muy pequeño; ha querido usar su libertad para no amar a nadie más, sólo a sí mismo. Santa Teresa decía que no hay que tenerle miedo, porque es pequeñísimo. Es como un niño pequeño, que no quisiera comer sopas y que, entonces, no creciera y se emperrara en ser un niño pequeño; y que, además, furioso, empezara a darnos patadas, con sus patitas de niño de dos años... De un manotazo, podríamos lanzarlo fuera. Pues el diablo es así de pequeño, es lo más ínfimo que puede concebirse en este mundo, contra su voluntad, puesto que él querría ser como otro dios, él querría ser el mal absoluto, a pesar de que sabe que, si desaparece, no puede ser nada. Y ésta es su agonía: ver que para alcanzar lo que él quiere ser —el dios malo—, desaparecerá y, si desaparece..., ni siquiera puede tener ese deseo.

Entonces, uno se pregunta cómo, siendo tan pequeño, puede enredar tanto la marcha de los hombres. Lo único que puede hacer es echarnos tierra a los ojos, nada más. Pero nos deja el reconocer que nosotros somos responsables del mal que hacemos. El diablo no puede más que tentar, de manera que, si después de ello, hacemos algo, el mal lo hacemos nosotros (Adán fue expulsado del paraíso, no porque lo tentara el diablo, sino por lo que hizo). El diablo sólo nos tienta.

En este mundo, todo lo que existe es digno de ser amado —incluso el diablo—, porque si Dios no odia al diablo, ¿cómo lo voy a odiar yo? Dios lo creó por amor, lo sostiene por amor y le respeta la libertad por amor. A pesar de que no haga más que fastidiar y dar pataditas de niño de dos años, yo no lo puedo odiar. Hemos de querer una conversión: amar el amor.

La humildad óptica

No ser frívolo es darle toda la importancia que tiene al ser, al existir. Pero, para darle importancia, primero hemos de descubrir el ser; y

eso no se puede hacer en el barullo que nos envuelve cada día. Hay que entrar y cerrar la puerta: quedarse a solas y, además, en silencio. Y más aún: cerrar los ojos, tumbarse en el suelo..., de cualquier modo, y olvidarse de uno mismo. Uno deja de percibir dónde está. Está solo, en silencio, a oscuras, y ya no nota qué es lo que lo sostiene.

A la gente que sube hasta aquí, llena de la marabunta del mundo, puede que le cueste llegar a esa paz; pero cuanto menos estás en la marabunta y más gozas del silencio, más rápidamente te sitúas en este estado. Entonces es cuando uno percibe, sencillamente, que existe; uno percibe su ser: es lo único que se percibe. No se oyen ruidos; nadie molesta; estás mirando para adentro. Pero, si en estos momentos decimos: «Yo soy», ya hemos sacado la percepción, la hemos subido al intelecto y tratamos de traducirla en palabras y de dominar lo que siento. «¡Déjese usted de palabras!, ¡déjese usted de pensar! Perciba que existe... y punto.» Es entonces cuando se llega a la humildad óptica, porque uno olvida si es gobernador, o doctor, sabio o no, o si tiene preocupaciones..., ¡todo queda fuera! Se percibe el ser..., ni siquiera palabras para expresar lo que siento.

La gente no hace más que hablar (y yo, en estos momentos, también, aunque lo hago para que aprendáis a no hablar). Aprendamos a no hablar; a percibir: «¡existo!» Ya vendrá después el formular. La gente apenas ha oído una noticia por la televisión..., ha escuchado dos palabras nada más, y en un segundo ya empieza a hacer grandes teorías sobre ello, a explicar y a sacar conclusiones...; y no se para a percibir las cosas, a enterarse bien de la noticia para poder opinar.

¿Cómo puede uno hablar tanto del ser y hacer grandes metafísicas, si no lo percibe; si no se ha pasado horas en su vida percibiendo, sintiendo, oliendo, gustando el existir? Y la gente está amargada, porque no se ha podido comprar aquella corbata italiana tan cara. Y están furiosos porque el timbre no funciona... Y es porque no han paladeado la inmensa felicidad del tesoro fundamental y grandioso

de ser un Himalaya en medio de la nada. Porque si uno percibe eso a fondo, ¡qué le importará si la corbata es italiana o de la Barceloneta! ¡Qué le importarán tantas cosas! Para atreverme a decir esas dos palabras —«Yo soy»—, tengo que haberlo experimentado en profundidad, tengo que haberlo degustado ampliamente.

Es como una exclamación que sale de dentro, porque estamos repletos de vivencia interior —vivencia, no raciocinio; percepción, no pensamiento. Después, eso ya lo expresaremos en pensamiento, ya haremos filosofía; pero primero hay que percibir: «Soy, y no era». Y algo es mi origen, algo me sostiene..., y ahí es donde se descubre el amor. No era y soy; tengo ese inmenso tesoro, ese eco divino de ser y, en ese diálogo, se descubre el yo. No sólo he descubierto el ser, sino la persona.

Os leeré otro poema que hace referencia a lo último:

SER

Cierro la puerta.
Me quedo solo.
Me envuelvo de silencio.
Cierro los ojos.
Y me tumbo en la alfombra
y a poco...

La piel se olvida que algo la sostiene.
Me parece que floto.
Ni el cuerpo siento,
ni siente él ninguno de sus poros.
No pienso en nada,
tan sólo
¡siento que existo! ¡Existo!
Sin siquiera decir palabra
y poco a poco...

Como olas suaves en la playa,
sube a la mente y se hace pensamiento
ese existir en medio de la nada.

¡Soy! Aunque la palabra casi estorba
para sentir lo que sentimos en la entraña.
Sólo es un grito
en la garganta:
¡Soy! y antes no existía...
Qué sorpresa en mi ser, de ser. Qué calma.

(Uno llega a esta hondura y lo paladea —¡qué calma!—; es todo lo contrario a la riada de la que hablábamos, a esa vida que nos arrastra. Cuando uno llega a este puerto, ¡qué alegría, qué sorpresa en mi ser, de ser, ¡qué calma! Y después de esto:

De un brinco, uno,
sin saber por qué, se levanta.
casi de un golpe,
reabro la ventana.
Se renace a la luz
Que, fuera, ya esperaba.

Y veo el sol, las cosas,
¡todas hermanas
en la existencia!
Cada mañana
los hombres, sean quienes sean,
pueden sentir lo mismo en la alborada:

(Pobres, ricos, enfermos, moribundos, pequeños, mujeres, hombres, griegos, chinos, gente a quien, en esos momentos, le van bien las cosas o le van mal... Eso es la superficie. Pero todos, así, descubren

ese tesoro inmenso que tienen; todos los hombres —sean quienes sean— pueden sentir lo mismo en la alborada.)

¡existo!, ¡existo!
Luego, en la vida larga,
nos habremos moldeado muy distintos,
pero todos tenemos el común tesoro
que nos vive y nos exalta:
¡ser Ser!

Somos cimas muy altas
en medio de lo ignoto.
Nada nos falta
para ser algo
en vez de nada.

(En estos tres versos es donde se condensa, precisamente, eso. El que llega a ese pozo del ser —¡qué calma!— se da cuenta de que ya es poseedor del máximo tesoro. No lo ha de ambicionar. Todo ser humano tiene ese tesoro. ¡Nada nos falta para ser algo, en vez de nada!)

Para ser algo en medio de los tiempos
que pasan.
Y este existir,
¡qué estallido de luz en las miradas!
Enlacemos las manos con gran gozo
para empezar la danza.

(En la primera parte: Soy. En esta segunda parte: ¿Quién me sostiene?)

¿Y qué misterio nos sostiene
en esa plaza
del ser que somos que no era?
Esa agua clara

de estar siendo, ¿quién nos la dio?
 ¿...y ese temblor que sube como hazaña
 y da vida a la vida?
 ¡Oh, misterio que nunca acaba!

Os invito a que, realmente, hagáis esta experiencia, porque es desde ahí que, de un brinco, uno se abre a los demás. Abre la ventana y se siente hermano, ¡verdaderamente hermano!, de las cosas y las gentes; y se enlazan las manos para empezar la danza.

Hermanos en la existencia

Somos todos hermanos por otro lazo familiar: existimos. Es desde este nivel que yo puedo sentir como hermanos a todas las demás personas. Hasta al diablo, un poquito. Cuando se llega a este punto, es cuando uno puede amar, incluso al enemigo, pues ambos coincidimos en la existencia: ¡somos hermanos en la existencia! Esto es lo que puede vencer la resistencia de la enemistad. Podemos ser amigos de todos, de todo lo que existe, porque todo es obra de Dios.

Entonces, desde esta humildad óptica recibimos la fuerza para, precisamente, poder amar a los demás; amarnos los unos a los otros y, así, intentar ser uno e intentar ser perfectos, amando al enemigo. Luego veremos que, debido a nuestro límite, no podemos saltar del todo el abismo del *tú* y el *yo*. Sin embargo, el abismo no está entre Dios y yo, porque Dios está en todas partes.

Dios, por ser Dios, el Ser Absoluto, me está dando el ser; es decir, en realidad, yo diría que entre Dios y yo no hay ningún abismo racional. Hay un contacto perfecto. Hay mucho más abismo entre las personas; pero, en la comunión con el Ser Absoluto, es donde puedo salvar el abismo que hay entre una persona y otra. Sólo sintiéndonos hermanos en la existencia.

Bajar a fondo, ser hermanos en la existencia, es precisamente lo que nos hace aptos para recibir, después, la gracia de Dios, sobrenatural, que es la que nos puede hacer verdaderamente uno, salvando nuestros límites; y nos puede hacer verdaderamente perfectos, amando incluso al enemigo (la gracia asume la naturaleza, la perfecciona y la eleva). Si no amamos a los demás, unos a otros —por ser hermanos en la existencia—, la gracia, aunque quiera asumir, no encuentra más que la vanidad de la vida.

Si paladeamos, percibimos, abrazamos, valoramos, esa perla escondida del existir y, en ello, me doy cuenta de que no hay abismo entre el Ser Absoluto y yo, y que, en la superficie del Ser Absoluto, desaparece también el abismo que tengo con los demás (ya que si los dos están sobre el mismo suelo, ya no hay abismo), ahí es donde la gracia actúa, elevándolo y haciéndonos verdaderamente uno, verdaderamente perfectos y amándonos verdaderamente con amor de Dios Padre, de Dios Hijo y en el Espíritu Santo.

Cerrada la puerta...

Cerrar la puerta no significa quedar encerrado en una habitación; más bien todo lo contrario. Como si las paredes de la habitación se abrieran y se convirtieran, precisamente, en murallas que encierran todo el mundo que queda al otro lado de la puerta; toda la riada quedaría fuera, contenida por el muro de nuestras paredes, que se abren y nos dejan en libertad: la libertad del Reino de Dios. Es entrar en la libertad. La gente tiene miedo, porque dicen: «entro y me da claustrofobia; entro y me siento prisionero». ¡Si es todo lo contrario! Entro, cierro la puerta y estoy en la libertad del paraíso. Ni prisión, ni claustrofobia; entro en Dios, que es infinito, que es eterno. Además, el Reino de Dios ya está aquí; se encuentra en la soledad y el silencio.

Nosotros somos templos del Espíritu Santo y salimos al mundo. Llevamos al Espíritu Santo dentro. Es antorcha encendida y, por donde

pasamos, dejamos encendido todo el amor de Dios (si amamos; si sólo amamos al amor). Subir a la habitación y cerrar la puerta se convierte en el sagrario de Dios Padre. Ahí tengo yo la cita con Dios Padre. Y sabemos que hasta al Padre llegamos por Cristo, en Cristo y con Cristo. ¿Por qué está Cristo, también, en esta habitación, con la puerta cerrada? Porque allí vamos a dialogar con Dios Padre, pero he subido por Cristo, ¡me sube Él! Pensad en Cristo en la cruz, huérfano; pensad en Cristo que le dice a Tomás que le ponga el dedo en las llagas y que meta su mano en su costado.

Entrar en esa habitación es entrar en el costado abierto de Cristo; meterse en el corazón de Cristo, que es el símbolo de su amor. Y esta puerta siempre está abierta. El corazón de Cristo es el único lugar en el mundo donde se halla Dios Padre. El sagrario de Dios Padre es el corazón de Cristo, que es el amor. ¿Quién va a decir, allí, que tiene claustrofobia? ¿Quién puede decir que va a sentir aburrimiento?, si es, no sólo el amor de una persona..., sino el origen del amor. Y sólo desde allí, como desde una atalaya, por la herida de amor de Cristo, es como podemos gozar de Dios y contemplar el mundo, el mundo que Cristo vino a salvar. Desde ahí, podemos contemplar la riada y pensar qué hacer: se nos llena el alma de deseos de bajar a auxiliar, para salvar a los que se lleva ese agua tumultuosa, de la que hablábamos al principio, llorando de ver la frivolidad que impide que los cojamos, o de ver que se empeñan en pecar contra el Espíritu Santo, porque aman al mal.

El perdón

Estamos en tiempo navideño. Al venir hacia aquí, he visto todos los escaparates iluminados, adornados, ofreciendo multitud de mercancías... La gente que pasa por la calle los mira, los contempla, y algunos se deciden a entrar. Por otra parte, estos días hemos visto, en *la Vanguardia*, una nueva manera de anunciar las cosas: una página en

blanco con sólo una frase, o un nombre. Realmente, cuando uno abre el periódico, acostumbrado siempre a verlo lleno de letras..., al encontrarse una página en blanco, se fija en lo que dice la frase. Estas dos metáforas, podríamos aplicarlas a la soledad y al silencio. Cuando Jesús señala: «cuando quieras orar, sube a tu cuarto y cierra la puerta», aquello se convierte en el escaparate de Dios Padre. Es precisamente allí, donde Dios se manifiesta más, en esa soledad y ese silencio. Se podría decir que la cartuja alta —estar en oración con Dios Padre, en soledad y silencio, con la puerta cerrada— es el mejor escaparate de Dios Padre. Y siempre se recomienda que la habitación esté vacía, con las paredes blancas, sin que nada distraiga la vista..., con soledad y silencio. De este modo, la presencia, la palabra que puede decirnos Dios Padre, del fondo del corazón, adquiere una mayor nitidez, como en los anuncios de *La Vanguardia* de hoja en blanco y una sola palabra. Esa palabra, entonces, en el vacío de otras cosas, ¡cómo se destaca y se percibe!

Estamos en tiempo de Navidad, tiempo muy familiar, y bendito sea que sea así. Es una fiesta grande, en la que hay tiempo para que la familia se reúna. Es un ágape, verdaderamente, en familia, con los amigos —de cartuja media. Estamos hablando mucho de soledad y de silencio, pero precisamente desde ahí, saciados de esa soledad y de ese silencio, uno tiene la apetencia de encontrarse con el prójimo, una vez saturados de la soledad con Dios. Cartuja media: un ágape de Navidad, junto al Belén, recordando este misterio de la Redención. Pero sería vano, el ágape, si no le aplicásemos, analógicamente, lo que dice el ágape de la Eucaristía: Antes de venir a la eucaristía, si tienes algo contra tu hermano, haz la paz con él, ponte en paz —de ahí, el abrazo de paz de la Misa— y luego vuelve a la Eucaristía.

En esta Navidad, las familias tendrían que decir lo mismo: si tienes algo contra tu hermano, si tienes algo contra otra persona, antes del ágape de esta Navidad, ve y haz la paz; pide perdón u otorga el perdón. Sólo así, la Navidad puede ser verdadera, producir eficazmente

unos bienes en el corazón. Y, viendo que es una fiesta muy familiar, de los prójimos más próximos, centremos, en este tiempo, una manera especial de hacer la paz con nuestros familiares, amigos que nos rodean... Ya vendrán otros días que tendremos, quizá, mejor posibilidad de ir lejos a hacer la paz con otros. Aprovechemos estas circunstancias para hacer la paz con los cercanos, porque no olvidemos que sólo muriendo, dejándolo todo, siguiendo a Cristo, abrazando su cruz, podemos entrar en el Reino de los Cielos, aquí, ya en la tierra; es necesario este morir.

Vivir en paz, dar la paz, olvidar toda ofensa. Dios siempre recuerda las cosas buenas que hemos hecho; porque, si uno peca mortalmente, Dios le guarda sus méritos y, si se arrepiente, Dios se los devuelve, de manera que si sigue haciendo otros, se aumentan los méritos que Dios le ha guardado. En cambio, si uno peca, cuando se arrepiente, Dios no le devuelve los pecados que tenía acumulados, ¡desaparecen! Dios, que es infinitamente omnisciente, es, a la vez, infinitamente olvidadizo, porque nuestros pecados, una vez perdonados, desaparecen, quedan borrados con su sangre. De manera que, ¡hay de aquellos que dicen: «yo perdono, pero no olvido». Dios dice: «os doy la paz, pero no como la da el mundo. Yo doy el perdón, pero no como lo da el mundo». Porque la gente ya se cree muy santa, si perdona, pero no olvida. Y ése no es el modo de perdonar de Dios. Dios perdona y olvida. Así pues, debemos saber también perdonar, no como lo hacemos en general, sino como lo hace Dios, que es totalmente generoso y olvida la ofensa que haya podido recibir. Debemos ser, también nosotros, los que pidamos a los demás este mutuo perdón que nos hemos de dar todos, para que el ágape, esa cartuja media de estos días, sea verdadera.

El silencio

Os decía que, saciados de la soledad y el silencio, podemos bajar de una manera fructífera a encontrarnos con los demás, con ese prójimo

que nos rodea, muy próximo. En cambio, quienes están siempre en esa vorágine del mundo, arrastrados por la corriente, rodeados de gente en todas partes, que no saben estar solos ni un momento..., al llegar las Navidades, como están tan saciados de gente, se les hace difícil saborear esa cartuja media (que no es con tanta compañía, sino sólo con los más próximos). Y están deseando acabar de comer para volver a salir a la discoteca, al teatro, al cine... Porque no saben paladear la cartuja media. Es necesario llamarles a la semisoleidad de estar presididos por Cristo, rodeados; un grupo de gente limitado, pero que se quieren bien.

Puede haber personas, también, que, saturadas de la mañana a la noche de estar con los demás, suspiren por estar un poco a solas. Lo que pasa es que no saben encontrarlo. O están tan locos en la vorágine de estar siempre con gente, en algarabía tonta, llevados por la corriente de frivolidad, que, aun tendiéndoles una mano, no la quieren; prefieren ser arrastrados. Especialmente a esos hay que gritarles para ver si algún día hacen caso. Pero a los otros que, en el fondo, suspiran por un rato de silencio, es bueno darles una ayuda, porque si uno no recibe una ayuda, tampoco sabe. Hay que enseñar a la gente a estar a solas, en silencio, para paladear a Dios, a Dios Padre. Pero, ¿cómo lo vamos a enseñar, si primero no lo sabemos hacer? Hemos de esforzarnos mucho en saberlo hacer nosotros. Y así, sin ser frívolos cuando estamos con la gente, y saciados de Dios Padre, realmente podremos estar en la cartuja media.

De la vivencia de que «yo no era, podía no haber sido, ¡y soy!», inmediatamente sé que descanso en el Ser Absoluto. Pero al contactar la superficie de mi ser con la superficie del Ser Absoluto (que es lo máximo que yo, con mis fuerzas naturales, puedo hacer), podríamos decir que si lo hago en profundidad, llego a la mística natural, al misterio, porque yo no me he dado el ser, podría no haber sido y soy...; noto que me sostiene el Ser Absoluto —que, para mí, es un misterio inaccesible, incomprensible; me desborda por todas partes—

y, en el fondo, ni siquiera comprendo exactamente, que es lo que yo soy. Estamos rodeados de misterio; alcanzar esto es lo que podemos, máximamente, hacer con nuestras fuerzas. ¡Descanso en el Ser! Conectamos estas dos superficies, como si tuvieran poros; si no encajan en nada, son absolutamente opacas, no me entra ninguna luz, ningún perfume, nada; ahora bien, si voy girando hasta que mis poros coincidan con los poros de la otra superficie, ¡algo de luz me llegará!

¿Cómo giro yo esa superficie mía, para ver si logro que coincidan mis poros con los poros del Ser Absoluto... y ver, así, si me alcanza algún perfume, alguna calidez de la otra superficie? Es un misterio, porque estando tan pegada mi superficie a la superficie que me sostiene (al Ser Absoluto), para poder conectar poro con poro, tengo que recorrer un largo camino, que es nada menos que el amor, la generosidad con los demás, con todo el prójimo. A pesar de que Dios y yo estamos tan sumamente cerca, no podemos conectar con algo que yo pueda comprender, o sentir, si no recorro este enorme camino que hay, paradójicamente, interpuesto entre Dios y yo, que son todos los demás, el universo, la creación, los demás seres humanos.

Amor al prójimo

Todos somos hermanos en la existencia. Hemos de bajar a esa humildad óptica para poder, desde ahí, construir una vida espiritual seria. Llegar a esta humildad óptica, para sentirme hermano de los demás y, ahora ya, desde aquí, no sólo tengo que tener sorpresa de que existan y de que exista yo —no solamente alegría de existir, cuando podía no haber existido—, sino amor. Gratitud también, que es la base primera para poder seguir adelante, gratitud de todo lo recibido, de toda la compañía que me hacen los demás existentes. Y después de la gratitud, amor; verdadero amor a los demás; un amor muy largo, un amor que requiere, mucho, repetirlo; una continuidad de amor, de generosidad sin límites, de darse.

Antes os decía que hacer la paz es un aspecto de morir. Amar también lo es, porque amar es salirse de uno, abandonarse, abnegarse. Hay una palabra muy bonita: desvivirse. Uno se desvive por los demás. En último término sería: «me muero para dar vida a los demás; ¡doy mi vida!». Es otro aspecto del morir absolutamente necesario para entrar en esa cartuja alta y solitaria con Dios Padre y para que nuestra cartuja media sea, verdaderamente, un trozo de Cielo, si mutuamente nos desvivimos, es decir, nos morimos por los demás.

Decía antes que hay que ayudar a la gente a saber morir, a desvivirse, a abnegarse, dejándola todo, siguiendo a Cristo, para poder entrar a estar con Cristo, en presencia de Dios Padre. ¿Cómo enseñárselo? san Pablo dice que la fe entra por el oído, porque si uno no oye predicar a Cristo, ¿cómo lo va a conocer? Es curioso, porque la fe es un don, un don sobrenatural; y precisamente los dones del Espíritu no entran por los sentidos, sino que son infusos, nos los dan, y el Espíritu Santo no necesita, para llegar a nuestro espíritu, pasar por los sentidos.

Parecen algo contradictorias las palabras de san Pablo: la fe entra por el oído. Yo diría que la fe no entra por el oído, sino que por el oído entran sonidos. La fe sí que entra por el contenido que recibimos, a través de los sonidos. No siempre son palabras. Recordemos el papel tan extraordinario de las bellas artes en occidente; las universidades han cometido un dislate separando las artes de las ciencias, de manera que han dejado las artes marginadas totalmente de la universidad. La ciencia, en una hipertrofia de racionalismo orgulloso, ha llevado a muchos dislates de hacer pódulas de las ideologías y han marginado lo que es la otra vertiente del hombre, la visión del cosmos de la verdad, de todo, que puede venir a través del arte. Hay que hacer otra vez esa armonía, esa coyunda entre artes y ciencias, para acabar con la dicotomía, la esquizofrenia del aprendizaje de qué cosa es, globalmente, el hombre.

Qué necesitados estamos de música de cielo, que entre por los oídos,

pero que sea de cielo, que nos transmita, realmente, un mensaje maravilloso. Cuando percibimos atardeceres, ocasos, amaneceres, paisajes..., nos entran por la vista..., pero cómo palpita, por debajo, también, una presencia, un mensaje de la infinita belleza de Dios.

Hemos de ayudar a la gente, también a través de los sentidos, para que, mediante el contenido de lo que entre por ellos, puedan, en esta soledad y silencio, llegar al encuentro con Dios.

Cristo utiliza el pan y el vino, en la Eucaristía. Saboreamos el pan y el vino; son vehículos, nada menos, de la presencia real de Cristo, en su cuerpo, en su Espíritu, en su vida, en su sacrificio, en su gloria; nada menos con pan y con vino, que entran por los sentidos. Así, no tiene nada de extraño que, a pesar de la cercanía, de la superficie de mi ser descansando en la superficie del Ser Absoluto, tenga que haber todo esto —que es también mi prójimo, todo el universo intercalado—, y tenga que amarlo, para que entonces mis poros y sus poros coincidan. Y a pesar de que todavía yo no pueda atravesar la barrera —que es un don de Dios, cuando nos lleve a su casa—, sin embargo, notamos que la superficie no es frígida, sino cálida, flexible, que se adapta a mi entorno. Hay un perfume, hay un sonido que me dice que lo que hay detrás debe de ser algo maravilloso. Y uno queda expectante, feliz de haber llegado a percibir ese contacto, y ahí se acurruca, atento por si el Ser Absoluto —al que llamamos Dios— quiere manifestar algo más. Él sabrá cómo lo hace y lo hizo plenamente con la Revelación con Cristo; a parte de todas las gracias que nos quiera ir dando a lo largo de nuestra vida.

Amigos de Dios

Cuando llegamos realmente a saborear esa cartuja solitaria con Dios, vamos siendo, vamos sintiéndonos, amigos de Dios; porque no es baldío lo que dice Cristo: «Ya no os llamo siervos, ni hijos, os llamo

amigos». Amigos es una cosa mutua. Si Él me llama amigo, yo puedo llamarle amigo también; ¡somos amigos! ¡Qué tremendo descubrimiento que nos ha dado esta gracia! En la soledad y en el silencio, es donde lo vamos percibiendo más; descubrimos el tesoro que hoy tenemos: ser amigos de Cristo. Y, en Cristo, con Cristo y por Cristo, amigos de Dios Padre.

Somos amigos de Dios, amigos de Dios Padre, amigos de Dios Hijo y amigos del Espíritu Santo (que es precisamente, el amor de Dios). Para descubrir que somos amigos, a mí me ayudan mucho —y os los recomiendo— los Salmos, pero leídos en cristiano. Porque los Salmos fueron escritos cuando Cristo todavía no había llegado y hablan siempre en futuro. Si cambiamos la expresión de «Señor, Señor...» por lo que realmente es para nosotros: «amigo mío», y en vez de decir: «ven a auxiliarme», decimos, «ya has venido a salvarme, ya me has auxiliado, ya estoy contigo»; si los ponemos en presente, los Salmos son una maravilla para descubrir, con palabras inspiradas en la amistad, de *tú a tú* —con toda confianza— con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Con cada uno de ellos. Son amigos míos. Pero para entrar ahí, hay que ser humildes totales; la humildad del ser: no tener ningún orgullo, ninguna vanidad, ningún egoísmo. En la medida que nos despojemos de todo ello, percibiremos más esa amistad con Dios. Pero eso es una muerte, la auténtica muerte para no volver hacia atrás con un pecado mortal. Hemos de morir para resucitar a la verdadera vida; es un abandonarse, realmente, en Dios.

Morirse

Hemos de seguir a Cristo a una nueva manera de vivir: el Reino de Dios. Cuando el joven rico le pregunta a Jesús: «¿Qué tengo que hacer para seguirte?», Jesús le dice: «Vende todo y sígueme». Es una manera de decir que hemos de dejar, realmente, todo lo que es un impedimento para seguir a Cristo.

Muchas veces, las riquezas son un impedimento real y hay que despojarse de ellas. Para seguir a Cristo y seguir en Cristo, hay que vivirlo todo nuevo; hay que vivir de una manera nueva todas las dimensiones del hombre: la política, la economía, la sociología, la misma investigación científica... Todo se hace de otro modo. Hay que hacer una nueva política, una nueva economía, una nueva manera de hacer ciencia, etc., impregnadas de esa generosidad, de ese servicio a los demás; no para el propio bien, sino siempre en pro del bien común, de la comunidad y de todos.

De manera que hay que morir y el morir es un abandono. Eso quiere decir que vivir es nuestra responsabilidad en la vida; nosotros debemos tener la responsabilidad de lo que hacemos y, en este Reino de Dios, también, colaborando con la gracia. Pero morir no es asunto nuestro, es asunto de Dios. El morir es un límite mío; los filósofos decían: «La muerte no existe, porque cuando la muerte está, yo no estoy y cuando yo estoy, no está ella». De modo que yo no tengo nada que ver con la muerte. En cierto modo, es verdad que no es asunto mío, porque eso es mi límite.

La muerte es también el momento del salto trascendental, con la ayuda del don de Dios, de abrírnos a la gracia.

No vale la pena que yo me preocupe de ello; yo me tengo que preocupar de lo que está bajo mi responsabilidad, que es vivir y vivir lo mejor posible, en el sentido de hacer la voluntad de Dios en este mundo. Morir es asunto suyo; así que ya me dará la muerte cuando quiera y como quiera; y ya se cuidará Él de ayudarme para ese trance. Ayudó a Cristo en la cruz, ayudó a los mártires que hay en la historia y, en el fondo, no hay tanta diferencia entre los mártires y nosotros, en cuanto a la muerte... En cuanto a la vida, sí, porque ellos han sido heroicos; pero, en cuanto a la muerte, la muerte del mártir es igual que la muerte de todo el mundo: es asunto de Dios. Dios verá lo que hace y cómo me ayuda en el salto trascendental.

Hay gente que pierde la vida, obsesionada con su vejez o con su muerte, o con el momento de expirar... Aproveche la vida para hacer lo que tiene que hacer en la vida, todo lo que pueda hacer en cada momento: eso es lo que hay que procurar. Al hacer estos ejercicios de abandono, realmente se siente felicidad; son un auténtico entrenamiento para el abandono total en Dios, en nuestra muerte.

Llegar a la humildad óptica es conectar, ya, en el abandono con ese Ser Absoluto; la humildad óptica es el morir, que nos permite ser amigos de Dios. En la medida que lo logremos, saborearemos mejor esa amistad con Dios. Dios, no podemos dudarle, es el mejor amigo; y Cristo, que es Dios con nosotros, el más íntimo amigo.

Amistad de padre

El arcángel san Miguel dice: «Quién cómo Dios». Podríamos, también, repetirlo: ¿Quién puede ser más amigo mío que Dios? Más íntimo, más confiadamente amigo. Eso se descubre muriendo poco a poco, grado a grado, y del todo en la humildad óptica, saboreando entonces, en la soledad y el silencio, o con los demás, en cartuja media también, o con el Espíritu Santo en medio del mundo..., esa amistad con Dios.

La finalidad de la paternidad es llegar a tener el mejor amigo y Dios nos da ejemplo de ello. Nos creó, nos redimió, nos da el Espíritu Santo para que seamos, primero, criaturas; luego, hijos, y, finalmente, amigos. Ésa es la trayectoria.

En este siglo, se ha hablado mucho de las doctrinas de Freud. Una de las cosas de Freud era cómo pesaba el *super ego*. No somos libres, sino que estamos siempre supeditados a ese *ego*, que no es el mío, que es superior a mí. Es la figura paterna que retratan con el triángulo y el ojo de Dios. Para poder ser uno, dice Freud, hay que matar al Padre:

matemos al padre, quitémonos a ese *super ego* de encima y, así, podré ser yo. Freud decía que Dios era todavía un *super ego* más aplastante; de manera que hay que matar, no solamente al padre de este mundo, sino a Dios. Sacudirse a Dios de encima, con la ilusión de que, así, yo puedo ser yo y podré ser libre y moverme a mis anchas.

Dios, que es un gran psiquiatra, también nos ha enseñado un camino: que no hay *super ego*. Porque esa persona a la que llamábamos *super ego*, voluntariamente, deja de ser *super ego*, para ser amigo. Y entre los amigos, no hay *super ego*, porque es de tú a tú, con una total intimidad, una total libertad y una total sintonía, libérrima y amorosa.

Descubrir esto —que Dios no es un *super ego* trascendente muchísimo más aplastante que los *super ego* que podemos tener en nuestra psicología desde pequeños— es entrar en la república de la libertad de los hijos de Dios. Porque se ha hecho amigo; el que era rey, el que era supremo jerarca, el que era el Ser Absoluto, ha bajado del trono para ser mi amigo; o me ha subido a mí, a su trono, para ser amigos. Esto ya es una república de amor.

Dice el Kempis: «Quien encuentra a un amigo verdadero ha encontrado el mayor tesoro en este mundo». Hemos encontrado el máximo tesoro; no un amigo bueno, como dice el Kempis, un amigo que es ¡Dios! ¿Y qué otro amigo puede haber como Él? ¡Nadie! ¿Quién va a atreverse a matar lo que es máximo tesoro para uno, el mayor amigo, el más grande?

Una sola libertad

Entonces se puede decir: «yo soy», «yo soy libre», «yo me muevo con toda iniciativa y con toda creatividad», «soy uno con Dios; qué alegría querer tener, los dos, una sola libertad». Es un misterio muy profundo: los dos queremos tener una sola libertad. Por eso puedo

hacer lo que quiera (excluido el mal). Puedo hacer, objetivamente, un bien grande u otro más pequeño; pero, si a este bien más pequeño le añado tres palmos de libertad —cosa que yo quiero hacer y que, en cambio, quizá haría menos con el bien mayor— la suma del bien menor más mi libertad mayor, es más grande. ¿Qué quiere decir esto? Que si soy hijo de Dios, todo el bien se hace mucho mayor bien, si mi libertad lo elige. Pero no hay que hacer engaños: soy un habitante, soy un conciudadano. Y mi libertad sólo me será dada en la medida que sea, de verdad, un conciudadano de esa república del amor con Dios. Si no lo soy de verdad, aunque tenga un carnet de bautizado, si no lo soy de hecho, no lo practico, ¿de qué me va a servir ese «carnet»? De mayor escarnio: si digo que ya me he muerto, ya soy humilde óntico. He muerto, he entrado en ese reino de Dios, ya lo llamo amigo y hago todo lo que quiero; y no es verdad todo lo anterior. Ese «hacer lo que quiero» me lleva al desastre, porque, incluso si yo me lo creo, estoy viviendo en la fantasía, en la ilusión, y mis tropiezos y mis trompazos serán muy grandes y cada vez mayores.

Y, ¿cómo sé yo que es verdad, que no me engaño?: en la medida que yo esté metido en ese cuarto, con la puerta cerrada, en la república de la amistad con Dios. Primero, si realmente me abandono, si vivo abandonado en Dios: eso es fiarme de su libertad, porque tenemos una sola libertad y descubro que su libertad y la mía son la misma, en tanto que yo vivo abandonado en Dios.

San Ignacio decía: cuando uno emprende un camino, a veces hay una gracia de Dios que nos lo hace ver clarísimo, nos lo hace ver evidente, sin dudar ni poder dudar. Pero otras veces, por nuestros defectos, no estamos tan seguros de ello. Entonces, nos preguntamos: ¿esto me da paz?, ¿siento el alma en paz, con alegría? Si no tengo paz, si hay algo que no me da paz, es que me equivoco, no voy por buen camino. Cuando mi libertad es la misma que la libertad de Dios, se siente paz, se siente alegría interior, que no me la quita nadie. Jesús lo dice: «estos tesoros no los quita ni el diablo, ni quitándome la

vida me quitan esta paz». En la medida que siento paz, es el indicativo armónico de que, realmente, estoy abandonado; entonces es auténtica la libertad de los hijos de Dios. Es una felicidad inmensa. Al que deja cosas, Dios le da el ciento por uno. Se saborea la felicidad del Reino de Dios, que permanece en lo profundo, aunque en la superficie del mar haya tormenta; aunque hayan muchos disgustos, muchas guerras y muchos quebrantos... En lo profundo, en ese tesoro del existir (que todos tenemos por igual), se percibe la paz que nadie puede quitar. Es una fuente de agua fresca, de la felicidad de vivir que nos da energías para el desvivirse, para el mantenerse en la humildad óntica, para el darse, para el amar continuamente, sin hacer otra cosa.

Cristo, el nuevo Adán

Antes he dicho que todo padre desea ser el mejor amigo del hijo que engendra a semejanza suya, al que educa de la mejor manera que cree oportuno. Cristo es padre nuestro, es el nuevo Adán, por Él viene toda la gracia. Como por Adán vino toda la vida, por ese nuevo Adán (Cristo, que es único), nos viene toda la vida sobrenatural. Pues justamente Cristo, que es el espejo de Dios Padre, es el gran maestro de cómo tiene uno que ejercer su paternidad en el mundo. Una paternidad que debemos tener todos los cristianos, no sólo con la familia natural, sino como apóstoles, como cristianos: todos hemos de sentirnos padres, con un amor generosísimo. El amor de padre es el más generoso de todos, porque es el que menos pide, el que menos espera, el que lo da todo sin hacer añagazas ni contratos. Hay que aprender de Cristo a ser padres.

Ser padre como Dios Padre nos es más difícil, pero el Dios encarnado está más próximo; para eso se encarnó, para ser nuestro maestro. Cristo nos engendra la gracia; nos educa, nos hace crecer en ella, para decirnos un día: «sois mis amigos». Hemos de aprender de Cristo

(verdadero Adán del don de la nueva vida sobrenatural), a llegar a ser amigos, unos de otros.

En esa superficie mía, a pesar de estar tan pegada a Dios, necesito recorrer un camino paradójico enorme, que es abarcar, en mi amor, a todos los demás para que el contacto se me haga útil, eficaz y fecundo. Del mismo modo, para ser amigo de Cristo, ¿qué tengo que hacer? Ser amigo, generosísimo, de todo el mundo: el prójimo, la gente, los demás, son el camino insustituible para ser amigo de Cristo. Pues si no amo a los demás, Cristo no me llamará *amigo*. Si no amo con totalidad, entrega, abnegación y sacrificio, a los demás, no soy amigo de Jesús. Lo dice san Juan: «Dices que amas a Dios, a quien no ves, y no amas al prójimo a quien ves? ¡Hipócrita!». Dices que me amas a mí, que eres mi amigo, que no me ves ahora (por mucha fe que tengas en la Eucaristía, por mucha fe que tengas en mi promesa de que donde haya dos o más reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de vosotros), ¿y no amas a los que sí ves? ¡Hipócrita!

¡Qué hermoso ser amigo de Dios! ¡Qué maravilloso ser amigo de Cristo!, pero esto no es una realidad sin la maravilla, la sorpresa feliz, de ser amigo del prójimo. No admite subterfugios, no admite engaños ni estafas: no tengo otro camino para ser amigo de Dios que ser amigo de todos y cada uno. De todos los que estén a mi alcance, mis próximos; porque yo no soy Dios y no puedo alcanzar a todos los seres humanos que hay.

San Agustín decía: «Ama y haz lo que quieras». A la gente le encanta; se agarran enseguida a este eslogan: ¡haz lo que quieras! Pero cuidado, porque sin lo primero, sólo hay desastres. Lo primero es amar, pero no de cualquier manera; tenemos que amar, pero no como ama el mundo, sino «como el Padre me ama a mí y yo os amo a vosotros; así, amaos unos a otros». Y eso incluye amar a los enemigos, porque Dios llueve sobre justos e injustos. Así podemos ser uno y tener una sola libertad.

Cristo no obedece al Padre: el Padre y Él tienen una sola libertad. ¿Cómo va a haber el más mínimo rasguño, grieta, entre la voluntad de Dios Padre y la voluntad de Dios Hijo? No la puede haber. Y es mucho más que obediencia: tienen una sola voluntad. Si nos amamos así, ciertamente podemos hacer lo que queramos, porque mal no haremos y lo bueno que queramos hacer, por el hecho de que lo queramos hacer, ya será lo mejor que podremos hacer en ese momento.

Amemos de verdad, purifiquemos nuestro amor, para que no sea como el mundo. Amemos a Dios y amemos a los demás, ¡por amor! No por temor, no por miedo, ni por interés, ni para hacer méritos, sino porque es digno de amor. Tampoco podemos amar por orgullo, a veces uno ama sintiéndose un semidios, que ama a los demás magníficamente, desgranando dones que proporciona, o favores, y así se siente superior. Amemos por puro amor, sin ningún condicionamiento, ni interés... Pero, ¿es que cabe, en este mundo, algún interés mayor que amar? Todo lo demás es ridículo, frente a este tesoro de amar y ser amados por Dios, o de amar y ser amados por los demás, por amor de Dios.

En estas Navidades yo os aconsejaría, fruto de todas las meditaciones, que os centrarais en tres puntos:

Primero: gratitud

Cuando venga el niño Jesús, por el cual se hicieron cielos y tierra, gratitud a Dios; gratitud a nuestros padres, que nos engendraron; a la sociedad, que ha permitido nuestro engendramiento, que nos ha dado tantas cosas buenas, que nos ha transmitido tantos saberes, tantas ayudas en medio del maremágnum de la vida; gratitud de todos los bienes recibidos de las familias, de los amigos, de los compañeros, de la gente. El signo de la madurez de una persona es la gratitud. Cuando una persona es agradecida empieza a ser mayor.

Segundo: pedir perdón

Vemos que Dios nos ha dado mucho, y nos llama amigos. Y, sin embargo, ¡fallamos tantas veces! Y no tanto por culpa del diablo, sino por culpa nuestra. Navidad es un momento oportuno para hacer penitencia. Pidamos perdón de verdad, que no se quede en una preparación teórica de hacer examen de conciencia; de sentir dolor de nuestros pecados; de confesar, de resarcir lo que haya que resarcir y propósito de no pecar más. Pidamos perdón de verdad, no de manera teórica, sino práctica y real; unos con otros. Pedir perdón pero con la paz del alma de que Dios perdona. Si unos amigos, un grupo de personas, estuvieran seguros de que se van a perdonar mutuamente, se pedirían perdón, porque estarían convencidos de obtenerlo y de que, además, todo se olvidaría.

De la misma manera, sabemos que hemos cometido muchos pecados graves que no conocemos bien, como los de omisión. Seguro que tenemos sacos enteros de pecados de omisión. Darnos cuenta de todo lo que podríamos haber hecho y no hemos hecho, será uno de los objetos del purgatorio. Cristo dice: «el justo peca siete veces cada día». Pues yo, que no soy justo, pecco mucho más: setenta veces siete cada día. Esto podría ser como una losa que me aplastara la cabeza y me quitara, incluso, el gozo de sentirme perdonado en este momento. Me quedaría triste...; pero hay un rayo de alegría: yo sé que Dios sabe que voy a ser pecador setenta veces siete (yo también lo sé por experiencia), pero confío en una cosa, en que, además de que me perdona, es misericordioso; tiene amor en su corazón: es misericordioso con los míseros. Misero porque soy limitado, porque tengo la huella del pecado original, que hasta el cielo no me la borrarán del todo. El Bautismo me perdona el pecado, pero no la huella —el ser un poco cojo—, que me hace proclive a resbalar, la limitación de toda criatura, las huellas (no sólo del pecado original, sino también de mis pecados). Dios sabe que soy limitado a pesar de mi buena voluntad, de mi propósito firme, necesario para obtener el perdón. Sé que voy

a pecar, sé que voy a ser pecador de mil maneras; pero tengo un rayo de luz: Dios es misericordioso.

Qué paz, qué alegría, saber que Dios es misericordioso. Entonces, con el alma llena de perdón, llena de paz, confiadamente —porque es misericordioso, me puedo confiar—, puedo abandonarme; me puedo morir en sus brazos tranquilamente; me puedo lanzar a este punto —profundo— de mi humildad óptica, sin ningún agarradero, sino en la mera humildad, que es donde lo tengo todo, porque en la humildad óptica, el corazón de Cristo es el sagrario donde yo me encuentro con Dios Padre.

Tercero: familia

Se ha hablado muy poco de la Sagrada Familia y es una unidad. En este mundo, no sólo somos individuos, somos también sociales, somos colectivos; y la primera célula de la sociedad es la familia.

La cuna de toda la Iglesia está en la familia conjunta de María, José y Jesús. Hay que hacer una teología de la familia, una familiarología, porque el matrimonio de José y María es signo, prototipo y tipo, del matrimonio de Cristo y la Iglesia; y eso es una riqueza enorme que se nos abre por delante. Vivamos esta Navidad con todo el espíritu del que hemos hablado, para poder decirle al niño Jesús: «Mira, yo, como ser humano, y Tú, un niño, todos nos sentimos, en José y en María, padres tuyos, y vamos por el mundo buscándote, como María y José te buscaban en el Templo y no te encontraban y estaban angustiados. Pero ahora te tenemos aquí, en el pesebre de Belén, te tenemos abrazado. ¡Amigo mío!». Con este espíritu, llegamos a la Navidad.

SILENCIO

Silencio. El silencio, ¡qué gran cosa!
del hombre, supremo amigo.

(Cristo es el amigo, pero el silencio es como la túnica de Cristo, y ya el silencio es amigo.)

Consejero, justo juez,

(Porque el silencio es como un espejo nuestro. En el silencio nos reflejamos y ¡qué bien que nos vemos! El silencio es incompatible con nuestros defectos o con nuestra soberbia: o los expulsamos o nos vamos. Muchas veces la gente teme el silencio, porque es un espejo.)

es sedante, creativo,
es una luz que ilumina
el espiritual camino,
haciendo que, ¡firmemente!,
refrenemos el instinto
depurando las ideas,
de nuestro lastre vivido.
El silencio nos redime
de la premura del tiempo

(Cuando es eso verdad, en el silencio es donde, entonces, el tiempo se amansa; en la soledad y el silencio se participa de la eternidad del tiempo que se hace presente, ¡total!)

El silencio nos redime
de la premura del tiempo
para vivir otra vida
como un nuevo nacimiento,

donde se ven ya las cosas
con más claridad y acierto.

El silencio es siempre puro,
es divino ¡y es eterno!
Inmersos en el silencio
se está ¡muy cerca del cielo!

Qué difícil es esta cartuja en soledad y en silencio, a solas, para tratar de dialogar con Dios Padre. Sin embargo, ésa es toda nuestra tarea: ir a Él, estar en Él, agradecerle todo y alabarle permanentemente. Éste es el principio y fundamento de san Ignacio: el hombre está creado para dar gracias y alabar a Dios y, así, salvar el alma. Cristo, en todo el evangelio, nos revela al Padre y nos marca la finalidad de ir al Padre. Para eso vino Él, para que, perdonados, podamos presentarnos ante Dios Padre. Frustraríamos la evangelización que nos hace la Iglesia, si no pudiéramos cumplir la finalidad del Evangelio, que es ir a Dios Padre.

Tenemos una buena técnica para alcanzar a Dios Padre, que es este ascender hasta llegar a la cartuja alta. Es un carisma que Dios nos da a todos nosotros: nos hace el regalo de una técnica concreta, entre otras muchas posibles, pero es la que nos da y es la nuestra. Sube a tu cuarto y, una vez cerrada la puerta, di: ¡Padre! Este cuarto —con la puerta cerrada— es el sagrario donde está Dios Padre; es subir al corazón de Jesús (porque allí es donde está, realmente, la fuente de Dios Padre).

Sabemos que la finalidad es buena, es necesaria; ése es nuestro fin como cristianos y sabemos que tenemos una buena técnica a nuestro alcance. Pero, ¿cómo es Dios Padre? ¿Este símbolo trinitario de omnipresencia se refiere al Padre, o más bien se refiere a la naturaleza divina? Dios Padre es una de las personas de la trinidad. Pero lo que es trinitario y omnipresente es la naturaleza divina.

Miguel Ángel representa al Padre, anciano, barbudo, cano...; a veces nos lo imaginamos como una persona anciana, como un abuelo venerable. Pero el Padre no es viejo; el espíritu de un viejo es el de quien, creó de joven, pero luego se dedica a conservar. Y no es así. Dios creó y ha puesto todas las fuerzas en el mundo para que se conserve así mismo y vaya rodando por todos los espacios, hasta el final de los tiempos, si es que lo hay. O sea, que no conserva nada, ya le dio todo el impulso a la Creación. Por otra parte, el Padre es tan joven y tan vigoroso que la recrea, es decir, nos resucita. Podríamos decir que Dios Padre es tan joven, que estrena siempre la eternidad.

Dios Padre Joven

Si pudiéramos una representación antropomórfica, con figuras humanas de la trinidad, no cabe duda que a Dios Padre le correspondería la joven. Y en cambio, el Verbo hecho hombre, Cristo, es el hombre maduro, tan maduro, que está preparado para morir en cruz, y así nos lo presentan los Evangelios. El Espíritu Santo es justo al que habría que representar como a un anciano venerable; porque es fruto de nuestra niñez y de nuestra adultez y, gracias a ello, llegamos a ser ancianos. El Espíritu Santo, que está lleno de sabiduría y comprensión, ¡es todo amor!; está de vuelta de todas las cosas. Por eso, es paciente, misericordioso, siempre llena de caridad a todo el mundo —amigos y enemigos— y está esperándoles para su conversión.

El Padre es una infinita fe —que es la primera de las virtudes, la más joven—; el Padre crea y nos crea y, realmente, demuestra, con eso, una infinita fe en nosotros, hasta en nuestra libertad. El Hijo, el Verbo hecho carne, es la esperanza: con la redención que Él nos hace, tiene la esperanza de que, cuando venga el Espíritu, será útil, fructuosa, la sangre que Él derrama. Y el Espíritu Santo es el que remata el fruto de la fe y la esperanza, con la caridad. Cuando nos vayamos a encontrar con Dios Padre, llevemos nuestro ánimo de niño ante ese Dios joven, que es el Padre.

En cambio, cuando bajamos a hacer apostolado —cartuja baja—, somos presbíteros (por el bautismo, somos todos presbíteros; otros, además, lo son por el sacramento del orden) en medio del mundo; es decir, imágenes del Espíritu Santo, llenos de sabiduría, llenos de caridad. Para ello, nos hemos de llenar de fe, en la cartuja con Dios Padre, participar de su infinita fe y, luego, en la cartuja media, participaremos, con Cristo, de su infinita esperanza, para poder ser, después, testigos del infinito amor del Espíritu Santo.

En el Evangelio se dice que Dios Padre está en los cielos, como un Padre que prepara el banquete para sus hijos. Pero no dice el Evangelio que tengamos que imaginarnos un padre viejo (como esas representaciones de Dios con barbas luengas y canas); es un padre que nos recibe a nosotros: un padre joven. Descubramoslo así.

Si nosotros nos hemos dejado llevar de la concepción de un Dios Padre anciano, era por ese sentido patriarcal, por un espíritu que también repercute en otros aspectos. El machismo del Antiguo Testamento, por ejemplo menospreciaba a las mujeres, hasta que llegó Cristo con la Virgen María inmaculada, y convirtió a las mujeres en apóstolas de los apóstoles, acabando con la visión patriarcal y dándonos paso a reconocer que el Padre, creador y recreador, es una figura joven que siempre está estrenando eternidad.

Niños ante el Padre

El Evangelio nos dice a nosotros: «Haced como niños», Nuestro Padre, que está en el cielo, pues, debe ser bastante joven. No nos debiera de costar hacernos como niños, porque llevamos dentro el niño que fuimos; por lo tanto todos —adultos y ancianos— sabremos ser niños, porque ya lo hemos sido. Un niño no sabe ser adulto, pero un adulto sí sabe ser niño, porque lo tiene vivo dentro de sí. Si de los niños es el Reino de los Cielos..., ir al cielo es cosa de niños. Para

entender a Dios Padre como joven, hemos de entendernos a nosotros como niños. El niño es puro de corazón y tiene los ojos límpidos, aunque digan que tiene pecado original, pues se encuentra en una estructura de pecado. El niño tiene siempre una gran sorpresa de existir, una gran sorpresa ante todo lo que le rodea; y va descubriendo las cosas con una gran admiración. Tiene sorpresa, se admira. Se mueve por evidencias, no complica las cosas inútilmente. Tiene una clara inteligencia —una sutil y penetrante inteligencia—, para entender las cosas, precisamente por su sentido de evidencia.

También los niños tienen un sexto sentido para saber quién los quiere, quién los ama. Cuando ellos descubren una persona que les quiere bien, entonces se le confían..., con toda confianza. Tienen fe en esa persona, porque la ven mayor y, por tanto, más sabia: se fían.

Nosotros hemos de dialogar con Dios Padre, como tales niños; nos hemos de hacer niños para descubrirlo. No lo descubriremos ni en la cartuja, ni en ninguna parte, si no dejamos salir de nosotros ese niño que somos. Todos los psicoanalistas ven que está muy vivo, pero muy soterrado; lo tenemos muy encerrado, escondido y maltratado: no le dejamos salir a la luz. Y cuanto más reprimido tenemos al niño, más trastornados estamos y, desde luego, más lejos de encontrar a Dios Padre.

En la cartuja alta, es donde mejor puedo dejar suelto al niño, porque, una vez cerrada la puerta, no entra nadie. Allí es donde mejor lo puedo soltar, delante del Padre joven mío; lo puedo soltar sin ningún complejo. Sólo ahí podemos ser, de verdad, niños otra vez. Y no tengáis miedo de enrabiaros con Dios Padre. Uno se enrabiaba con las personas a las que quiere, con las personas a las que ama, con las que tiene total confianza, de manera que un niño, rabioso con el padre, pataleando, deja ver cómo confía en su amor, en su sabiduría. Dios no se enfada con nuestras rabietas con Él (si son rabietas de niño).

Dicen que los viejos nos hacemos como niños. Primero corporal-mente, nos volvemos más débiles, necesitamos cuidados. También en el espíritu, nos vamos concentrando en lo que es más importante: en las evidencias, en los valores esenciales. Y nos hacemos más puros y más clarividentes, porque nos basamos, otra vez, no tanto en nuestros raciocinios lógicos, sino en nuestro palpar, intuir, las evidencias. Los ancianos sabremos ser como niños, con todas esas cualidades del niño, cuanto más sepamos, también, como adultos, liberar al niño que somos delante de Dios Padre.

Lo más importante: estar con Dios Padre

Los niños juegan con el padre joven. Qué hermosura, en la cartuja, sentirnos niños y sentir que jugamos con Dios Padre. Cuando hay amigos —y si un padre es amigo—, uno disfruta enseñando los juguetes que tiene; se los enseña al otro y juegan juntos; eso es algo de la amistad. En la cartuja alta, ¡qué maravilla que Dios me enseñe su gran juguete, que es la creación! Y yo le enseñaré, también, mis juguetes; mis juguetes más pequeños, lo que yo voy haciendo por *hobby*, que son mis apostolados. Digo *hobby*, porque mi trabajo serio es estar con Dios Padre (para un niño, lo más serio es estar con sus padres). Lo serio para mí es estar con Dios Padre, con Cristo y con el Espíritu Santo. Y vemos y palpamos, cada vez más, qué grandes son los juguetes de Dios; qué enormes, las energías que ha puesto en sus motores. Y cada uno de nosotros es algo distinto de todas las galaxias... ¡Y Dios nos mira!

Resulta, Dios, que aún eres más grandote
que todas las re-mil galaxias juntas
que pueblan los espacios lejanísimos
que, si infinitas son, los hombres dudan.

Pero, mira por dónde, un ruiñeñor,
que hubiera en cualquiera de esos mundos,
nos atraería más, por ser viviente,
que todos los luceros, ¡qué son mudos!
¡Oh!, la tierra, tan llena de bandadas
de pájaros que pían por la tarde,
mientras los hombres hablan entre sí
de las miríadas que en el cielo arden.

Y Tú, como nosotros, al mirar la obra
¡gigantesca! de tus manos, te fijas más
en una florecilla, o en una sílaba
de nuestros labios.

Una llama de amor ¡es más brillante
que toda la luz de las constelaciones!
La vida es la huella de tus dedos
cuando besaste al mundo, allá, en la noche.
Y puedes, además, crear sin límites
infinitos y nuevos universos
sin espacios, ni tiempos de otro modo
que imaginar, siquiera, ¡no podemos!
¡Oh, Padre amigo! ¡Ser tan poderoso,
que eres capaz de darme el ser, a mí,
en ese ignoto rinconcito azul
de mar y brisas, que háblanme, sin fin, de Ti!

Fruto de nuestro ser niños, en la cartuja de Dios Padre, podemos ser adultos estupendos, con un *hobby* magnífico, por haber cumplido nuestra obligación de cartuja alta y cartuja media. Un *hobby* genial de apostolado.

Nos vamos anclando, poco a poco, en esa soledad y silencio, a solas con Dios Padre, que es la única seguridad posible para no perder el norte en la vida, ni en nuestra vocación, ni a dónde somos llamados,

ni para qué, ni cómo. Mientras estemos anclados, cuanto más mejor, en esta soledad y silencio de horas sucesivas diarias.

Todos nosotros estamos llamados a ser luz, precisamente una luz que se hace incandescente, se hace luminaria en esta cartuja en soledad y silencio con Dios Padre, que es el foco de toda luz, de todo origen y bien. ¿De qué serviría una luz si estuviera encubierta y no pudiera iluminar a los demás? Gracias a Dios, nosotros estamos como vacunados contra todas esas tentaciones, precisamente en la medida que estamos deseosos de vivir, de descubrir, de profundizar la soledad y el silencio con Dios Padre.

Al subir a la cartuja en soledad y silencio, en sintonía con Dios Padre, unidos a Él, empezamos a mirar las cosas con ojos de Dios creador; somos cocreadores con Dios (lo dice la Escritura: cuando Dios creó el universo, estaba el Verbo con Él; lo hizo con Él, por Él y para Él). Nosotros, unidos por el bautismo con Cristo, podemos decir lo mismo: la Creación se hizo en nosotros, con nosotros, por nosotros y para nosotros. Estamos presentes en el acto creador, permanente en la eternidad. Por lo tanto, empezamos a ver la eternidad con unos ojos nuevos, ojos creadores con Dios creador. De este modo, las cosas se van abriendo, se van haciendo transparentes en su intimidad más íntima, en su ser óptico más profundo; se nos va aclarando la realidad, se nos hace profunda y transparente la creación.

Sólo sintonizando en la soledad y el silencio con Dios Padre, se nos va a abrir, como un libro maravilloso, la creación. Sólo así, después, podremos tratar con caridad, amor y un respeto impresionante las cosas y las personas, cuando bajemos a la cartuja media y a la cartuja baja. Porque bajamos a la creación con todo ese mensaje revelador de la Creación en nosotros. La creación es un espejo límpido de Dios Padre.

La Creación no solamente se nos revela en su entidad y en su significado, sino que en otros momentos, nos devuelve la imagen clarísima y hermosa de Dios Padre. Pero todo esto en la paz, en la soledad

y en el silencio de la cartuja alta. Sólo en la cartuja alta se puede ir surgiendo, en la contemplación de las cosas, para saberlas utilizar.

En la cartuja alta —en la contemplación del universo—, se puede tener la ventana abierta..., pero molestan los animales ¡No se os ocurra llevar un animal!, ni siquiera un pájaro en una jaula: rompe la soledad. Ni flores, que a veces son demasiado hablantes, demasiado reflejadoras de Dios Padre, y nos pueden quitar paz, silencio, sosiego. Los animales, las flores, los podríamos dejar para la cartuja media.

En la cartuja alta estamos nosotros. Aprendamos a contemplar, a dialogar existencialmente con nuestra mano: démonos cuenta de la maravilla que es nuestra mano, de nuestro ojo... Es también una contemplación de la creación. Sin duda, para el Verbo que estaba allí, sin estorbar a Dios Padre, viendo cómo creaba en Él, por Él y con Él, la máxima contemplación de la cúspide era la contemplación de Cristo —el verbo encarnado—, de la humanidad de Cristo. La cúspide de la creación para cada uno de nosotros somos nosotros mismos. ¡Hay que saber contemplar la maravilla que somos!

Ver con ojos de Dios

Es enriquecedor para la cartuja media bajar con esa sabiduría, con ese haber saboreado la belleza inteligente, en la que se nos han abierto las cosas de par en par, para irnos mostrando su misterio, porque lo sabemos ver con ojos de Dios creador, que penetra hasta lo más profundo. Ese tesoro nos servirá de mucho (aunque luego nos parezca natural), cuando bajemos a la cartuja media y baja, porque lo llevaremos tan adentro y tan asimilado, que será una maravilla para tratar a las personas y a las cosas.

Nos sentimos, como criaturas que somos, verdaderamente hermanos de todo lo existente. No solamente somos hermanos de todo lo que

vive, sino de toda la creación, en esa existencia: no éramos, podíamos no haber sido y, ciertamente, no somos por nosotros mismos. ¡Hermanos en la existencia! Eso nos lleva al límite de encontrar, claramente, al creador, al Dios Padre Creador.

Descubrir nuestra conciencia

En esta cartuja de soledad y silencio, descubrimos otra cosa muy profunda: la conciencia. Los moralistas de todos los tiempos han dicho que la última norma para actuar es la conciencia (nadie puede actuar contra su conciencia...; uno se puede equivocar, pero se equivocaría más si actuara contra conciencia). Eso, que es tan fundamental, que es lo más profundo de mi yo; esa conciencia que nos hace cobrar conciencia de la creación, el espejo limpidísimo de Dios..., no sabemos qué es. No hemos empleado unas horas, unos minutos, para descubrir, para contemplar nuestra conciencia. Y, sin embargo, la hemos estado utilizando continuamente.

¿Cómo vamos a decir que estamos, que hemos ido a la cartuja de soledad en Dios Padre, si no hacemos la excursión turística de subirnos a los ojos de Dios Padre Creador, para ver con sus ojos la creación? El verbo miró la humanidad de Cristo y, dentro de la humanidad, el diamante de su conciencia... ¿Podemos decir que hemos descubierto nuestra conciencia, que la hemos contemplado, que nos hemos admirado de ella, que hemos descubierto las fisuras que puede tener? ¿La reeducamos bien? ¿No la deseducamos? ¿Contemplamos este tesoro, el diamante de la conciencia, con los ojos de Dios Padre? Ésta es la máxima cota que podemos tener en la trayectoria de descubrir la creación: nuestra conciencia. La obra más hermosa, la obra cumbre de Dios. Porque, después, todo nos lo deja a nuestra conciencia.

Hemos de ser amigos de Cristo, por la sencilla razón de que Él nos lo dijo el Jueves Santo: «Ya no os llamo siervos, sino amigos». Y el

amigo, la amistad, siempre es recíproco. Yo no puedo ser amigo de Cristo, si alguien me manipula, si algo me ata; si yo mismo me ato a mí mismo. Para poder ser amigo de Cristo tengo que ser absolutamente libre de las personas y de las cosas. Lo que es peor de todo son las ataduras que nos ponemos nosotros mismos de egoísmos, ambiciones; de tantas cosas o vicios.

Solamente así —rota toda atadura— es como se puede subir a ser amigos de Dios Padre. Por otro lado, sólo en el horno de la cartuja de soledad y silencio con Dios Padre se funden las cadenas.

Solamente el que es libre del todo sigue a Cristo y puede llenarse del Espíritu Santo y, de este modo, puede bajar a la cartuja media y a la cartuja baja, —apostolado en el mundo— y puede amar (porque el amor y la caridad, o son libres o no valen). El amor es, naturalmente, la expresión más alta de nuestra unidad con Dios y el Espíritu Santo; el amor es lo más libre que hay en este mundo: necesita el aire de la libertad; si no, se ahoga.

La libertad de los hijos de Dios sólo se puede alcanzar en la filiación con Dios Padre: unidos a Dios Padre, somos hijos de Dios Padre y tenemos la libertad de los hijos de Dios. San Agustín decía: «Ama y haz lo que quieras», porque seguro que si amas, todo lo que quieras será bueno, será oportuno; amando al prójimo: haz lo que quieras en bien del prójimo. Pero, ¿cómo voy a amar al prójimo, si no amo al que es la fuente del amor, a Dios Padre? ¿Qué garantía tengo yo de la rectitud, de la bondad, de mi amor al prójimo, si no descansa, si no fluye como de un manantial del amor de Dios Padre?

Si es verdad que amo a Dios Padre, soy hijo de Dios Padre, entonces puedo tener la libertad de los hijos de Dios. Y entonces, este aforismo de san Agustín alcanza su radicalidad mayor, su plenitud y su certeza más grande. Es decir: amo a Dios Padre y, entonces, soy libre. Libre porque me he ido desatando de unas ataduras y así he podido llegar;

pero, realmente, ahí es donde los cabos de las ataduras se funden, desaparecen, para que no puedan volver a atar otra vez, cuando baje; y, además, allí alcanzo esa plenitud de libertad necesaria para vivir en el Reino de Dios, hijo de Dios Padre, con la libertad de los ciudadanos del Reino de Dios.

Me pueden encarcelar, incluso, pero mi libertad no la puede atar nadie, si yo no quiero. Me tengo que liberar de todas las ataduras que pretendan hacerme. Lo único en este mundo que nos hace libres es el amor de Dios.

Utilizando nuestro amor, podemos deshacer ataduras. Pero donde se funden y donde nos llenamos de esa plenitud, es en la cartuja de Dios Padre, en soledad y silencio, llenándonos de amor de Dios. Eso es lo único que nos hace auténticamente libres, con la gran riqueza de bajar a la cartuja media, a la cartuja en el mundo, a nuestros apostolados. Y solamente serán útiles, en la medida en que seamos libres.

Hay que subir a Dios Padre, porque, si nos quedamos embelesados con nuestra amistad con Cristo, nos quedamos a mitad de camino. Hemos de seguir adelante y llegar adonde Cristo quiere, que vino para llevarnos a Dios Padre. Que nadie lo tome a irreverencia, pues ciertamente Cristo es una maravilla; pero sería quedarse a mitad de camino, si a través de su transparencia, no llegáramos a Dios Padre. Y eso no irrita ni entristece a Cristo, ¡todo lo contrario! Es la felicidad: que su redención, su calvario, su resurrección, hayan servido, precisamente, para su objeto, para llevarnos a Dios Padre.

Cristo es el mediador, el puente. Si somos cristianos, nuestro centro de gravedad último está en Dios Padre, el Dios creador, auténticamente crisol de nuestra libertad. Así, sólo, llenos de esa plenitud de amor, precisamente por la plenitud de libertad, al bajar y encontrarnos con el mundo, podremos ser amigos de todos y tener, frente a la creación, un amor esponsal.

Cristo es el esposo de la Iglesia que constituimos todos.

Cristo ama con amor esponsal a toda la creación, a toda la humanidad; y es un matiz maravilloso de entrega, de servicio, de sacrificio. Tenemos un amor paternal de Dios Padre y un amor esponsal de Cristo, del que participamos; un matiz enriquecedor del amor genérico.

Cuanto más libres somos, más nuestros ojos saben leer la Creación. Y al revés también: cuanto más hemos aprendido a desentrañar el misterio y el sentido de todo en la Creación, más libres, también, nos vamos sintiendo nosotros. Libertad que se alcanza al ser hijos de Dios. También se alcanza el conocimiento en la contemplación, en la asunción sensible, inteligente, de mi conciencia. Por eso, la conciencia es la norma última de todo lo que yo puedo hacer, de mi libertad; la conciencia ilumina mi libertad.

Nosotros hemos de amar a Dios, que es mucho más que adorar. Se adora algo que está por encima nuestro, que es muy grande..., pero que no es amigo. A un amigo nunca se le adora; se dialoga con él, se muere por él, se da la vida como hizo Cristo por el amigo. Amar es mucho más que adorar. Hay que amar a Dios Padre. En el Antiguo Testamento todavía se pedía adoración, pero en el Nuevo Testamento siempre se nos dice que amemos a Dios. Y Dios Padre nos puede dar todo lo necesario que necesitamos, de todo los bienes; nos da el universo entero, nos lo pone en nuestras manos. Y se nos convertirá en Cielo, y no en infierno, si sabemos vivir en la atmósfera de la libertad y sabemos ser amor (porque todo esto, sin amor, es esclavitud).

Contemplativos

El hombre a solas tiene que ser contemplativo de la obra de Dios Padre para redimirla. ¿Cómo vamos, nosotros, a ser colaboradores de Cristo para rescatar a la gente, redimir al mundo —a ese mundo

en el que, además, repercute la acción pecadora del hombre—, si no contemplamos, si no la conocemos? San Pablo dice: «la creación está gimiendo y nosotros hemos de ayudar, asociados a Cristo, a rescatar la belleza prístina de la creación de Dios».

Hay que ser contemplativos. Es la esencia del ser cristiano. Luego, se puede hacer de una manera u otra...: hay muchos estilos. Estamos ensayando un camino que yo, sinceramente, creo que es bueno y, por la pequeña experiencia que pueda tener, cada vez me convengo más de que es un buen modo de contemplar.

Una de las tareas de esa soledad y silencio es contemplar el cosmos, la humanidad, la creación de Dios. Nos falta contemplarnos a nosotros mismos. Nos falta la conciencia, que es tener ciencia, sabiduría de nosotros mismos, que somos los compañeros más íntimos de cada cual. La conciencia es saber de uno mismo; es un telescopio y hay que tenerlo limpio para poder ver bien... Limpio de todo egoísmo, de toda vanidad, de toda soberbia, de todo orgullo. Si no lo tenemos limpio, la conciencia no nos servirá absolutamente de nada. Hay que limpiar nuestra conciencia de todo lo que sea pecado, de todo lo que sea vicio.

La conciencia, como contemplación de nosotros mismos, cobra un especial relieve, porque la ponemos en su sitio, que es ese trino diálogo: con nosotros mismos, cuando éramos niños, cuando somos adultos y del anciano que seremos. Porque si nos hemos de conocer a nosotros mismos, hemos de dialogar con lo que somos.

Cuando estoy en la cartuja solitaria, me siento tranquilo, porque estoy aislado de todo posible mal que me acceda y sé que Dios está ahí, aunque no lo vea... Estoy tranquilo y Él también, porque dice: «por fin se dedica a contemplar mi creación».

El diálogo con aquel niño libre, que se encontraba en medio del mundo, me permitía empezar a a conocer las cosas, a saber su nombre, a

pensar en el futuro, con los mejores deseos del corazón. Y después..., ¿qué ha sido de todos esos deseos, de todos esos planes, y sueños...?, ¿cómo los he realizado?, o ¿cómo los he marchitado?, o ¿cómo los he abortado?, o ¿cómo los he frustrado? Ese diálogo es lo que me permite conocerme.

Cuanto más dialoguéis los dos, más estudiéis cómo sois entre los dos, más conciencia tendréis; porque la conciencia no es más que saber cómo soy, quién soy, qué hago o qué hice. Pero ese diálogo de los dos no sería completo, si no supiéramos dialogar también con el anciano que seremos.

Dios Padre es origen, es el niño límpido, prístino, que no está condicionado. Es espontáneo y es nuestro origen: si no hubiéramos sido niños, no seríamos ahora adultos. Pensemos en Cristo como el Verbo encarnado. Pero el Espíritu Santo es una expiración del Padre y del Hijo. El anciano sólo puede ser una realidad, si lo expiramos del niño que éramos y del adulto que somos. Es producto de nuestro diálogo, de que lleguemos a hacer las paces, de que nos entendamos, de que nos perdonemos mutuamente, el niño y yo. Aflorará, entonces, el anciano que seremos y ese anciano —como el Espíritu Santo— significa la sabiduría.

El Espíritu Santo es la sabiduría de Dios, porque el amor es la máxima sabiduría. El anciano que seremos está lleno de todos los dones del Espíritu Santo: refresca lo que está cálido, caldea lo que está frígido; es comprensivo, es perdonador; no hace más que derramar dones; es alguien que no quiere estorbar, que no quiere ser un intruso, aunque desea ser, de todo corazón, un huésped dulcísimo de nuestra casa, de nuestro espíritu. Todo lo que podamos decir del Espíritu Santo le va muy bien a cómo tiene que ser el anciano que está de vuelta, que ya no tiene intereses, que ya lo comprende todo, lo perdona todo, no espera nada, porque lo que podría tener aquí, lo tiene ya: esa sabiduría de los años de experiencia. Es puro oro decantado como en un crisol.

Es bueno que soñéis el anciano que queréis ser, porque a la luz de ese anciano se ve todo de otra manera; con otra paz, con otra alegría.

Vuestro diálogo trino os permitirá conoceros y ser conscientes y *escientes* —os permitirá saber cómo sois vosotros: vuestra compañía más continua, más próxima, a veces agradable y a veces desagradable, pero por encima de todo pacífica. El diálogo hará posible la aceptación plena de vosotros mismos, de saber, desear, utilizar las potencias que tenéis como don de Dios, para mejorar; de tener siempre esta conciencia más límpida, para saber mirar a Dios y saber mirar las cosas en este pozo de la conciencia que es, a la vez, microscopio y telescopio.

El regalo que Dios nos da a los seres humanos tiene relación con lo intelectual: somos animales racionales y sentimentales. Así como en Holanda tienen diques para contener la marea del mar, también nosotros hemos de saber poner diques alrededor de nuestra conciencia, para que no nos invadan las mareas, la pleamar de nuestros sentimientos, de nuestras pasiones.

Conocernos es limpiar, es ahondar en nuestra conciencia. En el diálogo con Dios Padre, hemos visto el universo, la humanidad, los asuntos; lo hemos visto, incluso, como en una moviola que recuerda lo que he hecho en las últimas horas, por ver si encajaba con lo que yo deseaba. Planeo el futuro, planeo las horas siguientes; estoy rezando con Dios, estoy acurrucado en Dios Padre.

Es imprescindible que, después de todo esto, dedique un rato a conocerme, a contemplarme con los ojos de Dios Padre. Dios nos ve de una manera total, global e infinita. A veces nos da miedo. Así como a una persona que va sucia, le da miedo mirarse al espejo, también a nosotros nos da miedo mirarnos en los ojos de Dios. Y este miedo sólo se puede vencer si invitamos al tricolquio al viejo

que seremos, porque está lleno de perdón, de comprensión y de experiencia, y siempre con ternura. Con la ayuda del anciano que seremos, podemos vencer nuestro miedo de reflejarnos en los ojos del niño que fuimos.

No hay que tener miedo, Dios es amigo nuestro y nosotros también hemos de ser amigos nuestros. Por ello, nos dedicamos a vernos y a conocernos. Y hemos de pedir ayuda al anciano que seremos, que comprende las vicisitudes en las que nos hemos encontrado, las tentaciones que hemos tenido, lo limitados que somos, las presiones...; comprende que no hemos podido hacer lo que soñábamos. Y nos ayudará a ser mejores, precisamente, para llegar a ser como él, es decir, como el anciano que soñamos. El Espíritu Santo es fuente de armonía. Dialogar con el anciano que seremos nos hará armoniosos por dentro.

Resumen

Cuando queráis orar, retiraos, aislaos, que significa cerrar la puerta y quedarse a solas y en silencio con Dios Padre.

Lo más importante es poner la copa vacía, para que Él la llene como quiera, cuando quiera y de lo que quiera. Lo único que nos pide es que cerremos la puerta, nos pongamos como una copa vacía y digamos: aquí estoy, siervo inútil soy. Ni le importa que hagamos lo que nos dé la gana (con tal que no hagamos cosas malas).

Y todo lo que he dicho a lo largo de este curso, podéis olvidarlo tranquilamente; porque lo único que nos pide es que vayamos a la casa del Padre, que le demos la posibilidad de que, cuando Él quiera darnos de cenar, estemos. Lo que allí pase... es absolutamente asunto suyo. Dios Padre sabrá; yo..., la copa vacía.